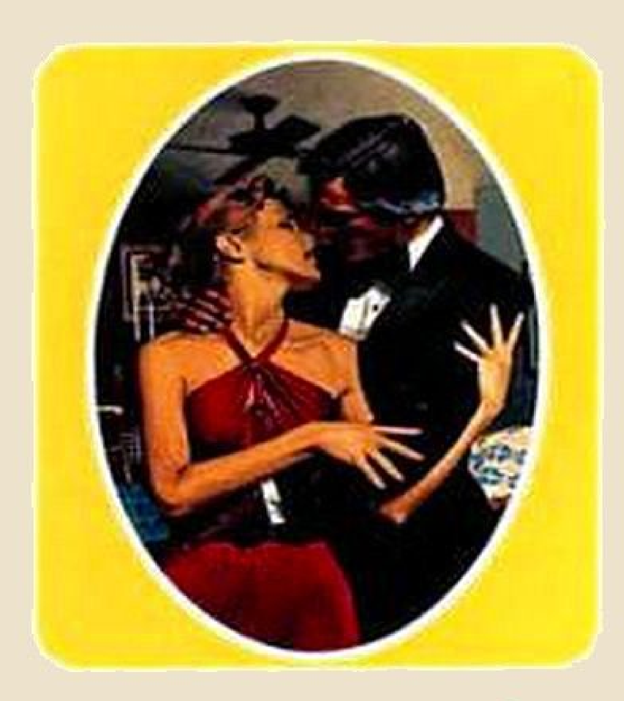


Riesgo calculado



Jayne Castle

A pesar del recuerdo de un conocimiento anterior, Kendra no quería reconocer ni ahondar en la oscura mirada de Case, se había prometido que ningún hombre se aprovecharía de ella de nuevo, y no podía dejarse arrastrar, si lo hacia se vería obligada a pagar un precio que no estaba dispuesta a pagar. Sólo tenía que esperar a acabar el breve trabajo que la había llevado a ese elegante casino del Lago Tahoe y todo acabaría.

Publicada en Violena: Cuestión de riesgo (Serie Plata 25).



Jayne Castle

Riesgo calculado o Cuestión de riesgo

Bianca - 219

Plata - 25

ePub r1.0
LDS 17.03.17

Título original: *Affair of Risk*
Jayne Castle, 1982
Traductor: Adriana Oklander
Publicado originalmente: Candlelight Ecstacy Romance (CER) - 55
Protagonistas: Case Garrett y Kendra Loring
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Grandes lámparas de cristal de roca iluminaban la elegante sala de juego. Kendra Loring se detuvo en la escalera de mármol para observar la escena. Inconscientemente alzó una mano para echarse hacia atrás el cuello del abrigo de visón blanco que vestía esa noche.

Sus grandes ojos recorrieron las mesas. Cada una de ellas estaba presidida por un croupier vestido con un esmoquin tan impecable como el de los jugadores.

En ese club tan elegante, ubicado en la frontera entre California y Nevada, no había ningún cartel luminoso en la entrada ni turistas vestidos informalmente. Tampoco se oía el ruido de las máquinas tragaperras. El club George Garrett había sido creado según el estilo de los de Montecarlo.

Se había invertido una gran cantidad de dinero para asegurar a los clientes una hospitalidad aristocrática. El casino era pequeño, pero sin embargo se jugaban grandes sumas de dinero. Kendra tenía la prueba de ello en el bolsillo del manguito de visón blanco que llevaba en una mano.

Al pensar en esa prueba se borró la sonrisa que se había dibujado en sus labios mientras observaba la escena. Estaba allí por cuestiones de negocios y cuanto antes acabara sería mejor.

—¿La señora desea acercarse a la mesa de bacará? ¿O tal vez a la ruleta? —preguntó un hombre con acento francés.

Kendra se volvió sorprendida y vio a un hombre corpulento vestido con traje negro y camisa blanca. Su vientre era algo abultado y sus hombros demasiado anchos. Tendría alrededor de cuarenta años. Era

un matón bien vestido. A Kendra le molestó su fingido acento francés.

—*Mais oui*. Pero luego, tal vez. Estoy aquí para ver al señor Garrett. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrarle?

Esperó, segura de que él no había entendido nada de lo que ella había dicho. Se preguntaba si seguiría usando el mismo acento cuando encontrara una respuesta. Pero estaba equivocada. El hombre había entendido una palabra.

—¿El señor Garrett? ¿Desea ver al dueño? —dijo con el mismo acento.

Kendra volvió a responder en francés.

—Si fuese tan amable de llevarme con él le estaría muy agradecida. Él y yo tenemos negocios que tratar —explicó con una expresión tan arrogante como la del hombre.

Durante un momento ambos se quedaron en silencio. Kendra sabía que no estaba actuando del modo en que el hombre estaba acostumbrado. Él le había pedido cortésmente que se identificara, y ella no había respondido a su insinuación.

Kendra se dio cuenta de que ese hombre estaba desconcertado y habló en inglés.

—Si me indica cómo llegar a la oficina del señor Garrett, le prometo que no volveré a hablarle en francés. No he venido aquí para jugar. Tengo negocios que tratar con el dueño del casino.

El hombre la observó por un instante y entonces sonrió.

—Le estaría muy agradecido, señora. No he comprendido nada de lo que ha dicho. Excepto algún árabe de vez en cuando, no viene mucha gente que hable francés.

—Estoy segura de que su acento impresiona en la mayoría de los casos —le aseguró fríamente.

Kendra empezó a comprender con quién estaba hablando. Incluso vestido de etiqueta, aquel hombre no podía disimular lo que era. El hombre parecía haber llegado a ese puesto después de un largo aprendizaje. A ella no le interesaba conocer los pasos que debía haber dado hasta llegar a esa posición.

—Si lo desea puedo llevarla a la oficina de George, pero no está allí. A esta hora ya ha terminado su ronda por las cocinas y viene aquí para mezclarse entre la gente. Es bueno para el negocio, sabe.

—Lo imagino —respondió Kendra con suavidad, mirando hacia el salón de juego.

Aún era temprano, pero ya había muchos clientes. Mientras permanecía junto a aquel hombre, entró un grupo de hombres y mujeres muy bien vestidos. El hombre los saludó con un ligero movimiento de cabeza y ellos comenzaron a bajar las escaleras.

—Si usted espera aquí, veré si puedo encontrarle —le ofreció él.

—Gracias… —Kendra se detuvo y le miró con expresión interrogante al darse cuenta de que no sabía su nombre.

—Wolf, señora. Es el diminutivo de Wolfgang. Wolfgang Amadeus Higgins —le sonrió como disculpándose.

—Gracias, Wolf. Me gustaría concluir mis negocios con el señor Garrett lo antes posible e irme.

—Si me dice su nombre, le informaré que usted está aquí.

—Me llamo Kendra Loring. Él no me conoce. Puede decirle que estoy aquí por una cuestión concerniente a la señora Donna Radburn.

Por la expresión de Wolf, Kendra supuso que había reconocido ese segundo nombre, pero no dijo nada al respecto.

—Espere aquí señorita Loring. Iré a buscar a George.

Kendra permaneció junto al pasamanos de alabastro que rodeaba el área de juego y observó como Wolf desaparecía entre la multitud. Se preguntaba cómo Donna se había metido en el peligroso mundo de las apuestas y el juego. ¿Cómo era posible que toda esa gente no comprendiera la oscuridad que yacía bajo el brillo de la superficie? Tal vez eso era lo que los atraía.

Se preguntó qué clase de hombre sería George Garrett. Creía que probablemente sería igual que su casino. Seguramente tendría un aspecto exterior conseguido con un dinero cuya procedencia sería mejor no investigar.

Pensaba que sólo un hombre que había vivido toda su vida en el mundo de la corrupción podía hacer funcionar un casino. Probablemente había sido un mafioso y tal vez aún lo era. Kendra sabía que el estado controlaba las casas de juego, pero también estaba enterada de que el fraude era un factor muy importante en ese tipo de negocios.

Volvió a mirar la sala de juego y pudo verse, reflejada en un espejo. Kendra había invertido mucho dinero y esfuerzo para crear esa imagen. Parecía una mujer indiferente y eso era lo que había querido conseguir.

Era muy atractiva: alta, delgada, de ojos castaños y pelo también

castaño. Esa noche lo llevaba como de costumbre, recogido en un moño alto. Ese peinado la sentaba muy bien y le daba un aire de elegancia.

El abrigo de visón blanco ocultaba sus formas.

Kendra era consciente de que era una mujer fuerte y esto no era un hecho casual. Se había preparado físicamente.

Nunca volvería a temer la violencia sexual de un hombre. No volvería a encontrarse indefensa frente a un hombre decidido a violarla.

Intentó apartar ese último pensamiento de su mente. Dirigió la mirada hacia el salón de juego en busca de Wolf Higgins.

Le vio hablando con un hombre que acababa de entrar por una puerta que había al otro lado del salón. Sin duda era George Garrett. Kendra le observó sin poder evitar una expresión de desagrado.

Su mirada se posó sobre el rostro del hombre y en ese preciso momento Garrett alzó la vista y la vio.

El impacto fue increíblemente fuerte e inesperado. Kendra se agarró al pasamanos para no caerse mientras miraba a ese hombre que sólo tenía un ojo.

No conocía a ese hombre, pero tenía la impresión de que no era así. Nunca se habían visto, sin embargo le resultaba conocido. Estaba casi convencida de que George Garrett experimentaba la misma sensación.

Kendra se obligó a controlar la extraña tensión que la dominaba. Afortunadamente, el momento pasó y volvió a la realidad.

Después de todo, él era sólo un hombre más. ¿Por qué la había afectado tanto?

Sabía que él la observaba atentamente mientras escuchaba a Wolf. Sentía el poder de esa mirada oscura, un poder que parecía intensificado por el parche negro que llevaba sobre el ojo izquierdo.

Sin dejar de mirarla comenzó a andar, dirigiéndose hacia ella. De pronto Kendra sintió deseos de volverse y escapar, pero no lo hizo y se obligó a observar con frialdad al hombre que se acercaba.

El poder de esa mirada dominante resultaba atemorizante. Kendra tuvo tiempo para analizar la expresión de él, mientras se acercaba hacia ella.

Kendra calculó su edad. Tendría unos treinta y siete años.

Su cabello era negro, pero a Kendra le pareció ver que en las

patillas le empezaban a salir algunas canas.

La dureza de sus facciones no se suavizaba con aquellas pestañas largas y negras. La arrogancia de Garrett se manifestaba claramente. No era un hombre bien parecido sino rudo.

Un hombre al cual se podía llegar a temer. Sabía con certeza que por eso había reaccionado tan violentamente al verle. Se agarró de nuevo al pasamanos y alzó la cabeza con expresión desafiante. Estaba segura de que no conocía a ese hombre.

Kendra era consciente de que los negocios la habían llevado hasta ese ambiente y que debía tener mucho cuidado de mantenerse en su lugar.

Le observó subir las escaleras de mármol con mucha facilidad. Enseguida estuvo junto a ella.

No era tan alto como Wolf. Mediría un metro ochenta. Y sin embargo hacía que ella pareciera una mujer baja, cuando en realidad medía uno setenta.

Kendra no hizo ningún intento por ocultar su condena hacia aquel hombre y todo lo que representaba.

Se dio cuenta de que él había notado su mirada crítica. Su ojo brilló de un modo especial y entonces habló.

—¿Señorita Loring? Soy George Garrett. Me han dicho que desea hablar conmigo.

La voz concordaba con ese hombre. Era una voz que podía seducir a una mujer o destrozarla.

—Vengo por un asunto relativo a Donna Radburn —le dijo con frialdad.

—Eso me ha dicho Wolf. ¿Quiere venir a mi oficina?

Sin decir una palabra, Kendra se volvió y caminó a su lado. Sabía que Wolf los estaba mirando mientras rodeaban el salón de juego.

—Tengo entendido que ha logrado desconcertar a Wolf por completo hablándole en francés —comentó George mientras la miraba con atención.

Ella logró mantener impasible su expresión y le siguió por un pasillo alfombrado.

—Eso no ha sido muy amable de su parte. Ha trabajado mucho para lograr ese acento.

—Lo lamento señor Garrett —respondió fríamente a la vez que entraba en la habitación cuya puerta él había abierto—, pero no

estaba de humor para seguir su juego. He venido por cuestiones de negocios.

—Es una pena —murmuró él mientras cerraba la puerta—, considerando cuánto dinero ha sido invertido en este juego. ¿Me da su abrigo?

Ella se desabrochó el abrigo y permitió que la ayudara a quitárselo. Él observó el vestido de seda rojo que Kendra vestía. Ella ignoró su mirada y se dedicó a mirar la decoración elegante de la oficina.

Un grueso tapiz gris se extendía de pared a pared. Los sillones tapizados de terciopelo eran del mismo color. Un gran escritorio negro estaba a un lado de la habitación.

Cuando se sentó, abrió el bolsillo del manguito blanco y sacó un cheque.

—He traído esto de parte de Donna. No cubre toda la cantidad que me ha dicho que le debe pero es casi la mitad. El resto estará disponible dentro de un par de meses.

George Garrett se sentó detrás del escritorio y cogió el cheque. Lo miró rápidamente y alzó la vista. Se encontró con la mirada fría y acusadora de Kendra. La expresión de George se volvió dura. Ella se preguntó cómo habría perdido su ojo izquierdo, pero comprendió que la pregunta no era de su incumbencia.

—Tengo la impresión de que toda esta tarea ha sido algo desagradable para usted, señorita Loring —observó él con calma.

—Mucho. Ahora, si me entrega un recibo por la suma del cheque me iré.

—¿Por qué Donna la ha enviado a usted? ¿Por qué no ha venido ella misma? —preguntó George apoyándose en el respaldo de la silla, sin intención de hacer ningún recibo.

—Hay razones, señor Garrett. ¿El recibo por favor?

Él volvió a mirar al cheque.

—La suma que debe la señora Radburn es considerablemente mayor que ésta —dijo lentamente.

—Soy consciente de eso. Ya le he dicho que tendrá el resto dentro de un par de meses.

—La deuda total venció el mes pasado —le informó él.

—¿Qué piensa hacer? ¿Enviar a Wolf para que la pegue? —preguntó Kendra, visiblemente molesta.

—Por supuesto que no, señorita Loring. Hay otras formas de hacer

que una mujer pague sus deudas de juego. No me mire así. Ésa era la clase de observación que estaba esperando de mí, ¿no es verdad? Puedo ver claramente su opinión respecto a mi profesión en esos preciosos ojos castaños.

—Por lo poco que sé de su línea de trabajo, señor Garrett, dudo que permita que sus clientes paguen lo que adeudan con otra cosa que no sea dinero.

—Toda regla tiene una excepción. ¿Usted juega señorita Loring?

—Uso mi dinero para otras cosas, señor Garrett.

—El suyo tal vez. ¿Pero tiene alguna objeción en gastar el dinero de algún hombre en mis mesas?

—Esta conversación se está volviendo algo personal. ¿Podría darme el recibo por el cheque por favor?

—Tendrá que dejarme pensar un momento para considerar esto —respondió él—. Después de todo la deuda ya está algo retrasada y sólo me ha traído la mitad de la suma total.

—¿Va a rechazar el cheque de Donna? —preguntó con frialdad sorprendiéndose por el escalofrío que acababa de sentir—. Donna estaba segura de que no habría problemas…

—Está bien —dijo él después de un segundo de vacilación—. Aceptaré este pago parcial, bajo ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Kendra.

Luchó para controlar sus nervios y permaneció sentada en el sillón aparentando una tranquilidad que no sentía.

—No tiene que preocuparse, señorita Loring. Sólo le estoy pidiendo que me acompañe a cenar.

Ella vaciló ante la inesperada invitación, pero de pronto recobró sus fuerzas.

—¿Me está invitando o me está diciendo que no aceptará el cheque a menos que le diga que sí?

Se echó hacia atrás bruscamente sin poder ocultar su enfado.

—Es una forma un poco dura de decirlo…

—Sólo responda sí o no —le interrumpió fríamente.

Estaba convencida de que si permanecía en su sitio, aún tenía una oportunidad de ganarle. Él estaba jugando con ella. Tenía la intención de aceptar ese cheque; estaba segura de ello. Pero ¿qué sucedería si lo rechazaba? Lo último que Donna necesitaba eran las amenazas de otro hombre peligroso.

—¿Siempre es tan sincera señorita Loring? —preguntó George con interés.

—Cuando se trata de negocios, sí.

Él frunció el ceño.

—¿Usted considera que una invitación a cenar es un negocio?

—En este caso, parece un chantaje.

—¿Algo que forma parte de mi modo de trabajar?

—Preferiría no discutir sobre sus métodos para ganarse la vida, señor Garrett.

—Ya veo —murmuró él.

Miró hacia abajo y abrió un cajón del escritorio.

Kendra le observó con preocupación mientras él guardaba el cheque de Donna y no parecía dispuesto a hacer ningún recibo.

—Señor Garrett…

—Llámeme George —la corrigió mientras se ponía de pie—. Todos mis amigos lo hacen —le dirigió una sonrisa irónica que la desafiaba a que le dijese que no eran amigos.

Kendra se puso de pie. Cogió su abrigo de visón y vio a George que observaba su collar y sus pendientes de oro.

—Oh, te gustará ser amiga mía —le dijo suavemente acercándose a ella—. Soy muy generoso con mis amigas y tú tienes el aspecto de ser una mujer que aprecia la generosidad de un hombre.

Kendra no esperaba ese insulto. Se ruborizó y luego se puso pálida. Deseaba decirle que todo lo que llevaba puesto se lo había comprado ella, pero supuso que él disfrutaría al verla furiosa.

—El restaurante del casino tiene un cocinero excelente, Kendra. Estoy seguro de que te gustará el pato a la naranja, y el paté de la casa es excepcional.

—¿Por qué hace esto, señor Garrett? —preguntó Kendra.

Él la cogió del brazo y la llevó hacia la puerta.

—Creo que lo hago porque es evidente que te desagrado —le respondió con sinceridad.

Kendra pensó en el cheque. Necesitaba ese recibo para que Donna pudiese estar tranquila. Por hacerla un favor, podría soportar una cena con ese hombre. Demasiado tarde, se arrepintió de haberle desafiado tan abiertamente.

—Disfruta cenando con mujeres a las que usted les desagrada.

—Disfruto cenando con mujeres que me interesan —la corrigió

mientras abría la puerta—. Y usted me interesa mucho señorita Kendra Loring.

—No puedo hacer otra cosa que lamentarlo —dijo ella con tristeza.

—Ya lo veo. Tal vez aprendas mejores modales después de cumplir esta penitencia —le indicó con suavidad.

Ella no hizo caso de su comentario.

—¿Me hará el recibo después de cenar?

—Sí —le aseguró él mientras la guiaba por un pasillo en dirección opuesta al salón de juego.

—¿Me da su palabra? —insistió Kendra con cautela.

—Sí. Aunque no creo que sea una garantía para ti.

Se dio cuenta de que se había equivocado en su forma de tratar a ese hombre. Debía haber sido cortés y encantadora. En lugar de ello había sido fría y arrogante. No era un buen modo de comportarse en los negocios.

De todos modos, no creía que corriese peligro con él, y si intentaba algún acercamiento físico estaba en condiciones de defenderse. Pero Kendra dudaba mucho de que llegara a eso. Él sólo deseaba vengarse de ella por sus arrogantes modales. Debía haber pensado que podría suceder eso.

Soportaría la cena y aprendería la lección. En sucesivas ocasiones, cuando tuviera que tratar con un hombre como él, tendría cuidado de no insultarle. Tal vez si se esforzaba un poco lograría que la cena transcurriera en calma.

—Señor Garrett…

—Llámame George o insistiré en que te quedes un rato después de cenar.

—George —repitió esbozando una sonrisa de disculpa—, lamento haberte ofendido pero todo esto ha sido muy desagradable para mí. Le estoy haciendo un favor a Donna y…

—Sólo acepto disculpas sinceras —dijo él con frialdad mientras se detenía junto al ascensor y apretaba el botón—. Así que puedes evitar esas palabras. No son necesarias. He soportado cosas mucho peores —añadió.

—Supongo que sí. ¿Has castigado a todos tus ofensores llevándolos a cenar? Es extraño, pero no hubiera pensado que eras del tipo de hombres que ponen otra mejilla.

—¿Crees que cenar conmigo es un castigo tan penoso? —preguntó

George mientras observaba su sonrisa con una expresión que Kendra no comprendió.

—No, si el pato es tan bueno como dices. Además tengo hambre. De todos modos iba a cenar cuando saliera de aquí.

Le vio que pulsaba el botón del tercer piso.

—¿El restaurante está en el piso superior?

—No. En ese piso está mi apartamento.

—¡Tu apartamento! —exclamó con el ceño fruncido—. Me has invitado a cenar en el restaurante…

El ascensor ya se había detenido. Al abrirse las puertas apareció un pasillo con blancas alfombras y frente a ellos una gran puerta de roble.

—Te he invitado a cenar. No recuerdo haber dicho que lo haríamos en el restaurante —dijo George con suavidad mientras iban por el pasillo.

Abrió la puerta, pero no hizo nada para obligarla a entrar. Sonrió con ironía al verla vacilar en el umbral.

—El trato aún está en pie. Pato a la naranja a cambio del recibo de la señora Radburn. ¿Eres muy amiga suya, Kendra?

—Lo suficiente como para cenar contigo. Pero no tanto como para compartir contigo los postres. ¿Está claro, George?

—Muy claro —admitió él—. La invitación era para la cena, no para la cama.

—Sí, no hay dudas sobre eso —comentó Kendra y entró en la habitación. Podía cuidar de sí misma, pero esperaba que no llegara a ser necesario.

La miró mientras ella observaba la habitación.

—¡Dios mío, George! ¿Desde cuándo los jugadores profesionales viven en un mundo de fantasía?

—Todos necesitamos un escape.

—¿Pero una isla tropical? —preguntó Kendra con escepticismo mientras observaba el ventilador del techo, los muebles de caña, la alfombra de espadaña y el biombo de bambú que separaban la entrada del salón. Algunas plantas tropicales, la pintura de un barco en alta mar y varias cestas completaban la decoración.

—¿Se te ocurre un escenario mejor para conseguir respuestas cálidas de una mujer fría, distante y misteriosa?

—No estoy aquí para darte respuestas, George —dijo Kendra con absoluta tranquilidad—. Sólo he venido para comprar ese recibo.

—Eso sería una pena. Porque tienes la respuesta a algunas preguntas que ni siquiera sabía que deseaba formular hasta que te vi esperándome esta noche.

Kendra comprendió su desafío e hizo un gesto de desagrado. Habían pasado dos largos años desde la última vez que había estado con un hombre que la veía como a una presa en potencia. Aún no estaba segura de si George Garrett representaba una amenaza verdadera o no, pero había algo sobre lo cual no le cabían dudas: nunca volvería a ser víctima de ningún hombre. Había aprendido a cuidar de sí misma y poseía la confianza interior que otorgaba ese conocimiento.

Se sentía completamente segura de su inmunidad. De todos modos, George Garrett no querría tener una escena violenta en su propio casino. Comprendió que eso no era lo que realmente la preocupaba cuando entraba en la habitación.

Su mayor inquietud se debía a que finalmente había logrado saber cuál era la sensación que había experimentado al verle por primera vez en el casino. Se sentía muy atraída hacia él.

Capítulo 2

Kendra se dio cuenta que el ambiente de esa habitación la hacía sentirse confundida. La decoración le producía una curiosa sensación de irrealidad, como si se hubiera salido del tiempo junto a un hombre con el cual normalmente no se relacionaría.

Le parecía que no podía ser ella la mujer que estaba comiendo pato a la naranja en un elegante escenario tropical y bebiendo vino fino. Tampoco podía ser ella la que estaba manteniendo una conversación seductora y delicada con un hombre al que no podía llegar a despreciar.

Realmente no había que dar importancia a esa cena. Después de todo, nunca volvería a ver a aquel hombre.

George dejó los cubiertos en el plato, lo apartó suavemente y apoyó los codos sobre la mesa.

—Somos muy hábiles ¿no es así?

—¿Muy hábiles para qué?

Kendra sonrió y miró hacia la ventana desde donde se veía que había comenzado a nevar nuevamente.

—Para mantener una conversación sin dejar escapar ni un solo detalle sobre nosotros mismos. Hace más de una hora que estamos sentados en esta mesa y todavía no sé nada acerca de ti.

—Ambos hemos procurado no revelar nada sobre nosotros —murmuró Kendra. Cada vez que había intentado preguntar algo respecto a su pasado o a su vida fuera del casino, él sonreía y hacía algún comentario para cambiar de tema.

—Eres una mujer muy segura de ti misma. Y me estoy volviendo

loco tratando de sacarte información.

Kendra se echó a reír.

—¿Para qué necesitas saber cosas de mi vida? ¿Piensas escribir mi biografía?

—No creo que valga tanto —replicó con sequedad. Alzó una mano y comenzó a enumerar—: Hasta el momento conozco tu nombre… Suponiendo, por supuesto, que le hayas dicho a Wolf el verdadero. ¿Se lo has dicho?

—No creo que importe demasiado.

Él suspiró.

—Así que incluso eso está en duda. Sé que estás haciendo un favor a una de mis antiguas conocidas. ¿Donna aún vive en Los Ángeles?

—Sí, que yo sepa —dijo Kendra con suavidad.

—¿Puedo suponer que tú también eres de Los Ángeles entonces?

—Puedes, si lo deseas.

—Sé que te gusta la buena comida y la ropa elegante…

Ella se encogió de hombros. Eso lo había deducido al verla. Había comido con apetito. Y el visón y la seda hablaban por sí mismos.

—Eso es todo lo que sé de ti.

—Yo sé aún menos de ti —le indicó Kendra apoyándose en el respaldo de la silla.

La mesa, puesta con esmero, y la deliciosa comida habían aparecido como por milagro después de una llamada telefónica. Kendra se preguntaba con cuánta frecuencia George se entretendría de ese modo.

—Dime lo que has sabido.

—Tu nombre, suponiendo que sea el verdadero, por supuesto —comenzó.

—Está en el permiso del casino. Ésa es la mejor prueba —le indicó él.

Ella le creyó.

—Sé que eres el jefe de un tal Wolfgang Amadeus Higgins… ¿Dónde le encontraste? ¿Fue por casualidad? —preguntó Kendra con interés.

—Wolf y yo hemos recorrido mucho camino juntos —respondió George sin aclararle nada en absoluto.

—Sé que diriges uno de los clubes más elegantes de Nevada…

—Y es obvio que a ti no te parece bien mi profesión.

—Eso es asunto tuyo —dijo Kendra.

—Así es.

Ella miró los dedos de su mano izquierda y se dio por vencida.

—Creo que estamos empatados. Aunque supongo que podría añadir que tu gusto en decoración de interiores no es como hubiera imaginado.

Él observó la habitación y sonrió.

—Si te digo por qué el apartamento está decorado de este modo, ¿me responderás a una pregunta personal?

Ella vaciló. Realmente deseaba saber por qué había elegido ese tipo de muebles.

—Si la pregunta no es demasiado personal, sí —dijo. Él rodeó la mesa para ayudarla a ponerse de pie y luego la condujo hasta el sillón. Le indicó que se sentara y se dirigió hasta una mesa de cristal y mimbre para servir unas copas. Le ofreció una y se sentó a su lado sin tocarla.

—Trabajé en esa parte del mundo una vez —comenzó George con cautela—. Me encanta.

Ella esperó.

—¿Ya has acabado?

—Algunas veces las explicaciones son muy breves. Estaré satisfecho con una explicación igualmente breve por parte tuya.

—Primero tengo que oír la pregunta.

George sonrió de forma seductora haciendo que Kendra comprendiese lo fuerte que era la atracción que él ejercía. De pronto se estremeció sin saber cuál era la causa.

—¿Me permites que te bese antes de que te vayas esta noche?

Kendra pestañeó y bajó la vista, no por falso pudor sino más bien por confusión. No esperaba esa pregunta. No había pensado que él le pediría que le besara. Había supuesto que lo haría sin su consentimiento. Pero deliberadamente, él la obligaba a aceptar su responsabilidad y eso la confundía.

—Creo que no sería muy prudente —dijo con calma. Dio un sorbo de *brandy* tratando de controlar el ligero temblor de sus manos. Se preguntó qué estaba haciendo allí, con un hombre que dirigía un casino. Un hombre que empleaba a gente como Wolf Higgins.

«Es hora de que salga de esta extraña fantasía», pensó Kendra mientras dejaba su copa sobre la mesa.

—¿Puedes darme el recibo ahora? —preguntó con amabilidad poniéndose de pie.

—No has respondido a mi pregunta.

Kendra negó con la cabeza en silencio.

—Ésta ha sido una velada muy poco común.

—Te refieres a que no sueles cenar con hombres que se rodean de personas poco respetables. Pero recuerda que no es culpa tuya. Yo te chantajeé para que lo hicieras.

—Así es. Y ahora que he pagado mi parte, ¿no crees que es hora de que cumplas con la tuya?

—Si no respondes no a mi pregunta, sólo puede significar que sí —dijo y la cogió la barbilla con suavidad.

Kendra no se movió. Se sentía casi atrapada por ese ambiente. No pudo apartar la cabeza cuando vio que él se inclinaba para besarla.

Si él la hubiera forzado, la respuesta de Kendra habría sido brusca. Le hubiera rechazado con fuerza, lo cual habría destrozado aquel momento. Pero cuando él puso sus labios sobre los de Kendra, ella comprendió que era demasiado sensato como para hacer eso.

El beso fue lento. Al principio, George no intentó acercarla más a su cuerpo. Parecía satisfecho con lo que estaban haciendo.

Kendra sintió un deseo instintivo de acercarse más a él. George le acarició el cuello. Sus labios se movieron lentamente sobre los de ella, persuadiéndola. Kendra cerró los puños y gimió.

George la cogió de la cintura y la abrazó.

—Tienes un perfume delicioso. Fresco, cálido, dulce… como la brisa de las islas.

Ella alzó las manos y las puso sobre sus hombros. Sin pensarlo empezó a acariciarle. A sus casi treinta años había sido besada muchas veces, pero nunca de ese modo.

Kendra era consciente de que pronto se iría y nunca volvería a ver a ese hombre. Saber que enseguida estaría a salvo era una especie de incentivo para disfrutar lo que de otro modo jamás se hubiera permitido.

—¿Kendra…?

Su nombre fue pronunciado con dulzura mientras George la abrazaba con más fuerza.

—Kendra, me atraes de una forma que no te puedes imaginar.

—Creo que es mejor que me vaya.

Él no la hizo caso y la besó con más intensidad. Kendra tembló ligeramente y le tocó el pelo.

Gimió al sentir una agradable sensación provocada por sus caricias.

Él le recorrió la espalda lentamente, acariciándola con creciente intensidad.

—Al menos no permanecerás como un misterio total esta noche. Pero cada pregunta que respondes hace que aparezcan mil más.

—Hay preguntas que no necesitan respuestas —le susurró Kendra al oído.

—No estoy de acuerdo, pero podremos discutirlo luego.

Kendra podía percibir la pasión ardiente de su cuerpo.

—Te deseo —dijo él con brusquedad—. Ya debes haberlo notado. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

—No. Es imposible.

—No hay nada imposible.

—Lo que me pides lo es —respondió sin intentar apartarse de su lado.

Él seguía besándola el cuello. Kendra apoyó la cabeza en su hombro. Aquellas maravillosas sensaciones la obligaban a mantenerse unida a él.

—¿Sabes que quise pedirte que te quedaras desde el momento en que te vi en el casino? Desde la primera vez que nos miramos ha habido algo entre nosotros. ¿Vas a negarlo?

—Sólo había una cuestión de negocios entre los dos —protestó Kendra con suavidad.

—No. Hay más, mucho más. ¿No sientes necesidad por quedarte y descubrirlo?

—No me quedaré, George. Estoy completamente decidida.

—Lo noto en el tono de tu voz. ¿Volverás alguna vez?

—No.

—¿Ni siquiera para pagar la última mitad de la deuda de Donna?

—Para esas fechas podrá hacerlo ella misma.

—Entiendo. Realmente no me estimas, ¿no es así?

—Eso importa poco, George.

—Eso pienso yo también —replicó son sequedad.

La obligó a sentarse en el sillón y volvió a abrazarla. Durante un momento no hablaron. Él comenzó a acariciarla lentamente.

Kendra no intentó detener su mano cuando ésta se acercó a sus senos.

Se apartó sonriendo con tristeza. Al abrir los ojos se encontró con la mirada ardiente de George. Iba a decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo él puso la mano sobre sus senos.

—¡George!

Pronunció su nombre en un tono de protesta, que a la vez expresaba el deseo que él había despertado en ella. Estaba temblando y quería apartar su mano, pero no podía hacerlo. Él se dio cuenta de sus contradictorios sentimientos.

—No puedes negar tu propia respuesta —dijo George.

—Por favor, no me toques de ese modo —rogó Kendra.

—¿Me tocarías tú a mí? —preguntó él.

Le cogió la mano y la acercó a su mejilla. Cuando ella le rozó, él se la besó.

Kendra respiró profundamente y decidió que debía controlarse. Aquello había llegado bastante lejos. Era hora de volver a la realidad.

—Quiero irme, George. ¿Puedes darme el recibo de Donna por favor?

Besó de nuevo su mano.

—¿Realmente te vas a ir?

—Sí.

La observó durante un segundo. Kendra notó que cada vez la deseaba más. Kendra comprendió que él se estaba esforzando por lograr que ella cambiara de idea. Pero como ella le había dicho, eso era imposible.

Nunca había imaginado que podía sentirse tan tentada, pero debía acabar con aquello. No tenía intención de tener ningún tipo de relación con ese hombre cuyo mundo estaba tan lejos del suyo.

—El recibo —insistió con suavidad, segura de que lo obtendría.

Tratándose de un hombre como él tal vez no debía fiarse, pero después de la velada que habían compartido, Kendra confiaba en que cumpliría su palabra.

—¿Nada de lo que haga o diga puede hacer que reconsideres tu postura? —preguntó George.

Ella volvió a negar con la cabeza sin dejar de sonreír.

—El recibo es lo único que poseo para retenerte —señaló él mientras le acariciaba la muñeca.

Ese roce suave y sensual la hacía estremecerse.

—Pero no lo utilizarás con ese fin. Me diste tu palabra de que me lo extenderías después de cenar.

—¿Has disfrutado de la cena? —preguntó con expresión de tristeza.

—Mucho —respondió ella con sinceridad.

—Me alegro, teniendo en cuenta que te obligué a que cenaras conmigo.

Se puso de pie, la miró y luego fue hacia la puerta de la habitación.

—Traeré el recibo.

Kendra le vio alejarse por un pasillo. Sabía que nunca olvidaría aquella velada. Y era lo suficientemente sensata como para no tratar de repetirla.

—Esto tranquilizará a Donna —dijo George unos minutos más tarde cuando regresó al salón con un papel firmado.

Kendra lo cogió y lo guardó dentro del manguito de piel.

—¿Y mi abrigo?

—Lo recogeremos al salir.

—No es necesario que me lleves al hotel —dijo Kendra rápidamente al comprender su intención.

—Por supuesto que sí.

—George, no deseo que me acompañes.

Él se detuvo y la observó.

—Quieres que todo termine aquí, ¿no es así?

—Es lo mejor.

—¿Por qué?

—George, he pasado mucho más tiempo contigo del que pretendía. Deseo concluir nuestro negocio e irme.

—¿Al menos me permitirás que te acompañe hasta la puerta del casino? —preguntó.

Kendra se dio cuenta de que le había molestado y mientras se dirigía hacia la puerta comentó:

—Ya que insistes.

—Eres muy bondadosa —dijo él a la vez que abría la puerta.

—¡Qué irónico te has vuelto!

Durante un momento Kendra pudo ver una expresión en su ojo que la asustó. Duró apenas un instante, sin embargo, sirvió para que recordara que todo lo que sabía de ese hombre suponía un peligro

potencial. Podía cuidar de sí misma, pero no debía jugar con fuego demasiado tiempo. Era absurdo buscar problemas innecesarios aunque la idea de probarlo fue tentadora.

—Trataré de comportarme como un caballero hasta que lleguemos a la puerta de entrada —le dijo.

La bajada en el ascensor la realizaron en silencio. Del mismo modo cogió su abrigo y caminó hasta la puerta.

Wolf Higgins observó a su jefe con interés y luego hizo lo mismo con Kendra.

—¿Quieres que traiga el coche, George?

—No —interrumpió Kendra—. Cogeré un taxi.

Wolf le sonrió, pero esperó las instrucciones de George.

—Me temo que es verdad. Nuestra señorita Loring es una mujer muy decidida. Buenas noches, Kendra.

Ella pensó que iba a besarla y dio un paso atrás para asegurarse de que no sucedería.

—Buenas noches, George… Wolf.

Sin decir ni una palabra, Wolf salió a la calle y llamó a un taxi. Ella le dio las gracias y se acomodó dentro del vehículo. Siguió sonriendo mientras observaba la nieve. Después de haber pasado varias horas en ese ambiente tropical, sentía el contraste con la realidad.

De pronto se sorprendió al descubrir que tenía algo en común con ese hombre. Le entendía porque ella también se había construido su propio refugio. Claro que había elegido un estilo diferente al de él, pero la razón era la misma. Ambos habían creado el mundo que deseaban. Kendra pensaba que una persona tenía que decidir lo que deseaba y luego hacer que sucediera. Pensó que George también compartía esa forma de pensar.

Se bajó del taxi delante de un hotel que no era donde ella estaba hospedada. Iría andando hasta el suyo. Wolf podría interrogar fácilmente al taxista cuando éste volviese al club y no deseaba que él la encontrara.

No había querido que George la acompañara por varios motivos. El principal era que le parecía más seguro no permitir que descubriera nada más sobre ella.

Se sentía orgullosa de haber resistido su persistente interrogatorio durante la cena. Él había ocultado su frustración, pero ella había podido percibirla.

Se preguntó si sería ésa la razón de que la hubiera besado. ¿Querría volverla más dócil? ¿Por qué debía importarle su vida? Se suponía que ella no representaba nada en su mundo. Sólo un intermedio entretenido. ¿Iría a hacer averiguaciones al hotel donde ella se había bajado del taxi? Se sentiría molesto al descubrir que era una pista falsa.

Estaba a punto de entrar en su hotel cuando vio una silueta oscura detrás de ella, reflejada en su cristal. Recordó haber visto a la misma figura al bajar del taxi.

Su expresión se volvió tensa. Pensó en la posibilidad de que George la hubiera seguido. Volvió la cabeza. La persona había desaparecido.

No le parecía que la huida fuera propia del estilo de George. Él podía intentar seguirla para satisfacer su curiosidad, pero no le imaginaba escondiéndose si sabía que le había visto.

Kendra volvió a sonreír. Si George hubiera decidido seguirla hasta el hotel, no se hubiera dejado ver.

Llegó a la conclusión de que se había equivocado y se apartó para dejar paso a un grupo de personas que salían del hotel. Entonces entró y se abrió paso entre la muchedumbre que rodeaba las mesas de juego. Si alguien la estaba siguiendo, la perdería en medio de ese caos.

Cuando finalmente llegó al pasillo donde estaba el ascensor, no había nadie allí. Todos estaban participando del bullicio de la vida nocturna. Un cantante famoso actuaba en el hotel y los que no habían pagado una fortuna para escucharle la gastaban en las mesas de juego. Subió sola en el ascensor y se dirigió a su habitación.

En el momento en que salió del ascensor tuvo la impresión de que no era la única persona que había en el pasillo.

No podía dejar de pensar en la silueta oscura que había descubierto antes de entrar.

Cuando llegó al cruce con otro pasillo tuvo la certeza de que no se había equivocado. No pudo mirar al hombre que tenía un manojo de llaves en la mano.

No se trataba de George, con lo cual la situación cambió por completo. Obligándose a mantener la calma, Kendra cogió la llave de su habitación y la metió en la cerradura. Se esforzó por pensar y actuar con frialdad.

Entró en la habitación y se volvió para cerrar la puerta. Tal como había supuesto, un hombre apareció de pronto en la entrada.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Kendra con amabilidad pero sin quitar la mano de la puerta.

Era un hombre de aspecto débil. No daba la impresión de ser una persona que hubiese tenido que luchar mucho en la vida.

Tendría alrededor de cuarenta años. Su traje, algo gastado, indicaba que no debía tener mucho dinero, pero Kendra pensó que era la clase de hombre que podía hacer que un traje nuevo pareciese viejo a los pocos minutos de ponérselo. Se había peinado con fijador, pero no había resultado muy efectivo.

—¿Señorita Kendra Loring? —preguntó mientras daba un paso hacia delante.

—¿Qué desea? —preguntó Kendra con calma.

—Un poco de información —respondió él.

—Lo siento, tendrá que ponerse en la fila. No es el único que busca información de mí esta noche. —Kendra empujó la puerta con firmeza, pero él impidió que la cerrara.

—Nada de bromas, señora. No estoy de humor.

Con mucho cuidado, Kendra se quitó las sandalias de tacón alto.

—Si no me deja tranquila llamaré a recepción —anunció con frialdad.

—No logrará llegar hasta el teléfono —dijo el hombre esbozando una sonrisa.

—¿Le envía Radburn? —preguntó Kendra sin apartar los ojos de su rostro.

Se notaba que el hombre estaba muy tranquilo y confiado porque se estaba enfrentando a una mujer y creía controlar la situación.

—Usted y yo vamos a mantener una pequeña conversación —dijo mientras empujaba la puerta con fuerza para entrar en la habitación —. Y para asegurarme de que no se le ocurrirá gritar…

Capítulo 3

Lo que ocurrió después tuvo lugar con tanta rapidez que Kendra ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse de sus propios reflejos.

En el corto lapso de tiempo que el hombre necesitó para llegar hasta ella, la mente de Kendra actuó muy deprisa. En un instante recordó todas las lecciones de judo que había recibido. El hombre que se acercaba parecía desequilibrado y le esperó casi con impaciencia.

Lo más importante era calcular bien el tiempo antes de derribarle.

Cuando el hombre llegó hasta ella, Kendra dio un paso atrás forzándole a descansar su peso sobre el pie izquierdo para mantener el equilibrio. Kendra le dio una patada en ese tobillo al mismo tiempo que le empujaba con fuerza. El hombre cayó sobre la alfombra. Ella había cambiado la situación y le había convertido de atacante a víctima.

En cuanto le derribó, Kendra dio un paso atrás y observó la escena con atención. El hombre no había caído como solían hacerlo sus oponentes en clase. Yacía demasiado inmóvil.

Se asustó y se puso de rodillas junto al hombre. Supuso que durante la caída se había dado un golpe en la cabeza.

Kendra palideció al comprender que era probable que le hubiese herido gravemente o incluso matado.

Horrorizada ante la idea, trató de tranquilizarse y decidir qué hacer. Nadie la creería cuando explicara la situación. Con manos temblorosas, intentó tomar el pulso a ese hombre.

Seguía buscando alguna señal de vida en él cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. Alzó la vista y descubrió a George

Garrett en la entrada. Instintivamente se alegró de verle.

—¡George! ¡Dios mío! ¡Creo que le he matado!

Sin pensarlo, Kendra se puso de pie y corrió hacia él. George entró en la habitación y cerró la puerta sin decir ni una palabra.

—¿Qué diablos ocurre aquí Kendra?

—Te lo explicaré luego. Haz algo, George. ¡Creo que está muerto! ¡Yo no tenía intenciones de matarle! Sólo quería…

Sin decir nada él la apartó de su lado con suavidad.

Ella le observaba aterrada mientras él se ponía de rodillas junto al hombre y le examinaba rápidamente.

—¿Está…?

—Se pondrá bien. ¿Qué le has hecho?

—Le… le derribé. Él venía hacia mí y yo sólo le derribé. Creo que se dio un golpe en la cabeza al caer.

—¿Quién es, Kendra?

De pronto le pareció que George la hablaba con dureza. Observó al hombre tendido en el suelo y luego a George. Kendra tragó saliva mientras ordenaba sus pensamientos. ¿Qué era lo que ella realmente sabía de George Garrett? No había ninguna razón para confiar en él. Ésa era su ciudad y él debía conocer a todas las personas importantes.

—No… no lo sé, George —comenzó con mucha cautela—. Estaba esperándome en el pasillo cuando volví a mi habitación. ¿Estás seguro que se pondrá bien?

—No hay duda —afirmó George con evidente falta de interés en el tema.

Cogió la billetera del hombre y examinó los papeles que había en su interior.

—Según su carné de identidad se llama Gilbert Phelps. ¿El nombre te dice algo? Es un investigador privado.

—No. ¿No crees que deberíamos llamar a un médico? Puede tener una conmoción o algo parecido.

—Supongo que le habrán pasado cosas peores.

Volvió a guardar la billetera en el bolsillo de su abrigo y se puso de pie.

—Pero creo que es hora de arreglar la situación.

Kendra le vio dirigirse con calma hacia el teléfono y se humedeció los labios ansiosamente antes de hablar con el tono más frío posible.

—Crees que… eh… ¿es necesario que llames a la policía?

Él la miró con seriedad.

—No estoy llamando a la policía.

—Ah.

Kendra esperaba que el alivio que había sentido no se notara en su voz.

—Pásame con Wolf —dijo con tono autoritario cuando alguien respondió.

Esperó con tranquilidad sin dejar de observar el rostro tenso de Kendra.

—Wolf, dile a Johnny que se quede al cargo de todo durante un rato. Te necesito.

Le dijo rápidamente el nombre del hotel donde se alojaba Kendra y el número de su habitación.

—No, ella está bien. Pero parece que tiene problemas.

Colgó y pudo escuchar un gemido que provenía del hombre que estaba en el suelo.

La atención de Kendra volvió a dirigirse hacia su inesperado visitante. Se acercó a él. Gilbert Phelps se movió con fuerza y abrió los ojos. Miró a Kendra con rencor.

Ella recordó lo fácil que le había resultado derribarle. Se agachó para observar a Phelps.

—¿Le ha enviado Radburn? —preguntó Kendra.

—¿Usted qué cree? —murmuró Phelps mientras se llevaba la mano a la cabeza—. Tendrá que pagar por esto —continuó con dificultad haciendo un gesto de dolor.

—Creo que ya ha habido suficiente violencia esta noche —dijo George acercándose a Gilbert Phelps—. Ya ha habido bastantes amenazas.

Phelps se sorprendió al comprender que Kendra no estaba sola.

—¡Así que fue usted quien me pegó! ¿Qué ocurre? ¿Tiene miedo de enfrentarse a mí cara a cara?

—Yo no le pegué. Si lo hubiera hecho, no habría despertado con sólo un pequeño golpe en la cabeza. Ahora, ¿qué le parece si responde a la pregunta de la señorita? ¿O prefiere explicárselo a la policía?

Phelps se sentó lentamente y miró a Kendra.

—Ustedes no llamarán a la policía. Ella no desea que ellos intervengan y yo tampoco.

Kendra se mordió los labios. George le indicó que guardara

silencio.

—La señorita Loring seguirá mi consejo. Y si le digo que haga intervenir a la policía, lo hará. ¿Está claro?

El hombre miró a George con expresión de preocupación.

—Mire, no hay necesidad de llamar a la policía. Nadie ha hecho nada…

—¿Cree que podrá explicar qué está haciendo en esta habitación? —le sugirió George.

—¡Por supuesto que puedo! Ella me invitó a pasar —anunció Gilbert Phelps con repentina convicción—. Ella me sedujo para que subiera hasta aquí y luego intentó robarme la billetera.

—¡Está mintiendo! —exclamó Kendra enfurecida al ser injustamente acusada.

—Ya es suficiente, Kendra. Yo me encargaré de esto.

Kendra obedeció. No debía dejar que George controlara la situación, pero no sabía cómo evitarlo en ese momento. George parecía completamente dispuesto a hacerse cargo.

—Usted olvida, Phelps, que la señorita me tiene a mí por testigo. Y le aseguro que en esta ciudad, la policía creerá en mi palabra mucho antes que en la suya.

Phelps se dio cuenta de que lo que él decía era verdad.

—Sólo deseaba hablar con ella. Obtener alguna información —murmuró.

—¿De quién? —insistió George casi con suavidad.

Kendra se estremeció ante el tono de su voz y vio que había producido el mismo efecto en Phelps.

—Un… un cliente. Mire, yo no iba a hacerle daño. Maldición, yo…

—¿Quién iba a pagarle por la información? —preguntó George mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Ella lo sabe —dijo Phelps.

—¿Fue Radburn? —preguntó Kendra.

Phelps se encogió de hombros.

—¿Qué deseaba saber Radburn? —preguntó George.

—Pensó que ella sabría en dónde está su esposa. Me pagó para que le hiciera algunas preguntas, eso es todo. Pero no me pagó lo suficiente como para meterme en esta clase de lío. Acabo de renunciar.

—Me parece una decisión muy acertada. Recuérdelo si en el futuro

tiene deseos de volver a trabajar para Radburn. Porque la próxima vez puedo sentirme tentado a intervenir más directamente.

Alguien llamó a la puerta y Kendra se volvió sobresaltada.

—Debe ser Wolf. Déjale pasar.

Wolf recorrió la habitación con la vista cuando Kendra abrió la puerta.

—¿La señorita se ha metido en problemas, jefe?

—Me temo que sí, Wolf. Este caballero necesita que le indiquen la salida. ¿Te importaría acompañarle?

—Por supuesto que no, George.

Se volvió para dirigir a Kendra una sonrisa tranquilizadora mientras se acercaba a Phelps.

—Esperen un momento —comenzó Phelps con voz temerosa.

—No se preocupe, Wolf no le hará daño. ¿No es así, Wolf?

—No si se comporta como debe. Dígale adiós a la señorita.

Phelps no dijo nada. George los detuvo al llegar a la puerta.

—¿Recordará nuestra conversación, Phelps? ¿Tendrá más cuidado para elegir a sus clientes en el futuro?

—Estoy al margen de este asunto, no se preocupe. Radburn no paga lo suficiente como para tolerar esta clase de trato.

Wolf cerró la puerta. Kendra se sintió aliviada al verlos marcharse. Siguió mirando la puerta cerrada hasta que las palabras de George le hicieron volver la cabeza.

—Recoge tus cosas, Kendra. Voy a llevarte a casa.

—¡A casa!

—A mi casa —aclaró sonriendo.

—No deseo volver al casino, George. Aprecio lo que has hecho para ayudarme a librarme de Gilbert Phelps, pero eso no cambia nada. Me iré a primera hora de la mañana.

—¿Para reunirte con Donna?

—No es asunto tuyo George.

—Ahora lo es. Mete tus cosas en una maleta.

Ella permaneció donde estaba.

—¿Quién piensas que eres para decirme lo que debo hacer? —preguntó con calma.

—El hombre que obtendrá algunas respuestas que eludiste darme esta noche.

Recorrió la habitación con la mirada.

—¡No te atrevas! —exclamó Kendra mientras él sacaba sus pocas pertenencias del armario y las metía dentro de la maleta.

Se dirigió hacia él enfurecida. No sabía cómo detenerle, pero estaba decidida a lograrlo.

—Usa tu cabeza. Mientras Phelps sepa dónde estás, no te encontrarás a salvo. No creo que vuelva, pero es muy probable que llame a Radburn y le cuente lo ocurrido.

—¡No seas ridículo! No hay nada más que Radburn pueda hacer esta noche. Estoy segura de que aún está en Los Ángeles. Y aunque viniera hasta aquí o enviara a otra persona, puedo defenderme.

—Tuviste suerte una vez y ahora te consideras una luchadora experta.

—No fue suerte. Fue destreza —afirmó Kendra con orgullo—. Deja esa maleta, maldita sea. Yo no voy a ninguna parte.

—Espera y verás —le advirtió George cogiéndola del brazo—. A menos que quieras intentar alguno de tus trucos conmigo.

—Escúchame —le rogó Kendra tratando de ser razonable—. Radburn no es un… mafioso. No pagaría a nadie para que me hiciera daño. Sólo deseaba hacer algunas preguntas.

—Parece que él y yo tenemos algo en común —murmuró George mientras la llevaba hacia la puerta—. Pero yo prefiero preguntar personalmente.

—No iré contigo esta noche, George…

—Y yo no pienso volver al casino y estar preocupado por ti durante toda la noche.

—No hay necesidad de preocuparse. Estaré bien.

—No cuando cuente en recepción lo que acaba de ocurrir aquí arriba.

Kendra se puso pálida.

—¡Tú no lo harías!

—Conozco al dueño de este hotel —continuó él—. Me llevará cinco minutos convencerle de que eres un huésped poco respetable.

—¡Pero yo no he hecho nada! —protestó Kendra.

—La historia de Phelps puede parecer verídica si la cuento a su manera…

—¡George!

—¿Vienes, Kendra? —preguntó con amabilidad.

Abrumada por el giro repentino de los acontecimientos, Kendra le

miró con la boca abierta. No tenía miedo de ese hombre, aunque tal vez debía tenerlo. Acababa de obtener la prueba de que podía defenderse en caso de un ataque físico, pero no estaba segura de que él cumpliera su promesa de hacer que la expulsaran del hotel. Llegó al convencimiento de que George Garrett podía convertirse en un problema para ella si él se lo proponía.

—¿Dónde me alojaré? —preguntó con desconfianza.

—Tengo una habitación disponible. Estarás segura en mi casa, Kendra.

Ella reflexionó. Tal vez lo más sencillo sería hacer lo que él deseaba, al menos por el momento. George parecía más preocupado por satisfacer su curiosidad que ninguna otra cosa. Probablemente estaría segura. Después de todo, él no la había presionado demasiado esa noche en su apartamento.

—¿Cómo apareciste tan oportunamente? ¿Me habías seguido?

—No cooperaste demasiado cuando te pregunté donde te alojabas.

—Sabía que alguien me estaba siguiendo.

—No era yo. Probablemente fue a Phelps a quien viste. No perdamos más tiempo, Kendra. Vamos.

Ella le observaba mientras consideraba la posibilidad de continuar con la discusión. Él parecía haber tomado la decisión de hacer todo más difícil si no le acompañaba. Pero, por otra parte, estaba el hecho de que no la preocupaba que él usara la fuerza física contra ella una vez que estuvieran en el apartamento. La había ayudado mucho para solucionar el problema de Gilbert Phelps y se sentía agradecida por ello.

Kendra confiaba en él a pesar de que apenas le conocía.

Kendra salió de la habitación y recorrió rápidamente el pasillo hasta llegar a los ascensores. Oyó que él la seguía y cuando le vio acercarse a su lado le miró con reproche.

—No hubieras dicho nada en recepción, ¿verdad?

—No suelo utilizar más fuerza de la que requiere la situación —respondió George con frialdad.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Debería responder. Piensa al respecto.

—Estás algo molesto conmigo, ¿no es así? —preguntó Kendra mientras bajaban en el ascensor.

—Molesto es una palabra muy moderada.

Kendra frunció el ceño.

—No hay justificación para esa actitud. Apenas me conoces. Lo que ocurrió aquí esta noche no te concierne. Y creo que estás molesto porque no puedes descubrir qué es lo que ocurre.

Ella se dio cuenta de que George parecía enfadarse.

—Estabas muy nerviosa por haber dejado inconsciente al pobre Phelps. Al menos hasta que supiste que no le habías matado. ¿Sueles tratar de ese modo a los hombres?

—Sólo cuando es necesario.

Su éxito la enorgullecía. Se sentía contenta y muy segura de sí misma. Estaba impaciente por contárselo a su profesor. Esa idea la hizo sonreír con satisfacción.

—Crees que podrías vencer a todo el mundo, ¿eh? ¿Por eso no te preocupa demasiado venir conmigo? ¿Piensas que puedes manejarme?

Kendra sintió deseos de reírse, pero logró controlarse. Sin embargo cuando alzó la vista hacia él sus ojos estaban brillantes.

—Me has hecho un favor esta noche. Y yo sé que sientes curiosidad. Supongo que puedo darte algunas respuestas como recompensa. Además tienes razón respecto a Phelps. Si él me encontró, es probable que cualquier otro haga lo mismo. No quisiera tener que seguir entreteniendo a mis visitantes. Esta clase de actividad resulta agotadora. Además, algo me dice que estaré segura a tu lado.

Nadie les prestó ninguna atención mientras salían del hotel y llamaban un taxi. Notó divertida que él la hizo entrar al casino por una puerta que no era la principal y se preguntó si estaría tratando de proteger su propia reputación. Sin duda no estaba preocupado por la de ella. Nadie allí la conocía ni volvería a verla jamás.

—¿De qué te ríes? —preguntó George mientras la llevaba a su apartamento.

—Pensaba en la forma en que me haces entrar aquí —le sonrió mientras él abría la puerta de la habitación tropical—. ¿Te preocupa que alguien te vea con mi maleta y llegue a una conclusión errónea?

—Me pareció que cuanto menos gente te viera entrar, sería mejor. A menos que sepas a ciencia cierta que Phelps trabajaba solo —le respondió irritado mientras cerraba la puerta.

Ella le miró. Al ver que él estaba muy serio se entristeció.

—La verdad es que no sé lo lejos que irá Radburn realmente. Fue una de las razones que tuve para aceptar tu amable oferta.

Él la observó durante unos segundos y luego se dirigió hacia el pasillo. Ella le siguió con curiosidad.

—Para tu información —dijo George mientras entraba en un dormitorio y dejaba la maleta sobre la cama—, nunca hago nada por amabilidad.

—Supongo que lo hiciste por simple y pura curiosidad, ¿no es así? —comentó mientras observaba los muebles.

Esa habitación también estaba decorada con muebles de estilo tropical. La cama tenía un edredón blanco y un cabecero de mimbre. El mobiliario era de caña y en las paredes había tapices con flores tropicales de brillantes colores. La alfombra era blanca y verde en una de las paredes había un gran espejo. Los rincones estaban llenos de plantas.

—Éste es tu dormitorio —exclamó Kendra antes de que él pudiera responder a su observación anterior—. Dijiste que había uno disponible para mí.

—No me mires con esa expresión acusadora. Hay otra habitación y yo la usaré.

—No es necesario. No quiero que te molestes.

—¿Me estás invitando a pasar la noche aquí contigo?

—¡No seas ridículo!

—Temía que dirías eso. Bueno, supongo que querrás quitarte el abrigo y ponerte cómoda. Cuando estés lista ven al salón y hablaremos.

—Mi historia no es interesante —le advirtió.

—Estoy seguro de que estaré fascinado.

Mientras le veía salir, Kendra esbozó una sonrisa. Aún seguía algo excitada por su encuentro con Phelps. No le molestaba la idea de dar a George Garrett algunas explicaciones. Necesitaba hablar con alguien para calmarse un poco antes de dormir. Alguien como George, que no tenía nada que ver con el asunto, parecía ideal. Tal vez fuese ésa la verdadera razón de que le hubiera permitido llevarla a su apartamento.

Oyó que alguien llamaba a la puerta. Reconoció la voz de Wolf. Colgó el abrigo y abrió su maleta para sacar el vestido que pensaba ponerse en el viaje a San Francisco. Entonces notó que George había llevado a su ayudante al despacho.

«La ropa de George parece muy cara», pensó Kendra mientras

colocaba su ropa en el armario. Pero supuso que el dueño de un casino tenía que guardar las apariencias.

Se quitó las sandalias con alivio, terminó de recoger sus cosas y fue al salón.

La puerta del despacho estaba entreabierta y Kendra pudo oír a George.

—¿Te has ocupado de Phelps?

—No ocasionará más problemas a la señorita Loring —dijo Wolf en voz baja.

—¿Has logrado sacarle algo?

De pronto Kendra sintió frío. ¿Qué habría hecho Wolf Higgins con ese pobre hombre? Después de todo, Phelps sólo era un investigador privado contratado por Radburn. Y él no había usado ningún arma contra ella. Sólo había intentado asustarla para conseguir alguna información.

—No creo que sepa mucho, jefe —dijo Wolf—. No parecía saber nada respecto a Radburn, salvo su nombre. El sujeto le pagó para que siguiese a la señorita Loring y obtuviese algunos datos respecto a su esposa…

—¿Donna Radburn?

—Sí…

—¿Qué sabe de Kendra? —preguntó George.

Kendra se estremeció.

—Ella no es de San Francisco. Él la siguió hasta aquí en un avión ayer.

—Lo cual significa que es probable que la haya seguido hasta el casino esta noche.

Wolf no dijo nada. El despacho se quedó en silencio y Kendra respiró profundamente mientras volvía a su habitación sin hacer ruido.

Algo iba mal. George Garrett no estaba actuando como un caballero.

No debía haber confiado en él. Él mismo le había dicho que nunca hacía nada por amabilidad.

La forma en que George había comenzado a indagar sobre su vida personal era bastante desalentadora. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se dio cuenta de que era hora de hacer algo. Kendra volvió a la habitación, cogió su bolso y sus zapatos y se dirigió hacia la puerta.

Era una pena tener que dejar todas sus cosas, pero debía irse rápidamente. Deseaba salir de ese mundo antes de verse de nuevo inmersa en él. Necesitaría su abrigo, y era demasiado caro como para dejarlo allí.

Sujetando las sandalias en una mano y el abrigo y el bolso en la otra, caminó de puntillas por el pasillo. Al pasar junto al despacho sintió un ligero estremecimiento. Wolf seguía allí con su jefe y Kendra notó el tono serio de la conversación. Sabía que estaban hablando de ella.

Salió rápidamente. Tuvo miedo al abrir la puerta, pero ésta no hizo ningún ruido. El ascensor parecía tardar una eternidad, pero finalmente estuvo a salvo en el interior. En pocos minutos estaría fuera. Buscaría otro hotel para pasar la noche.

Cuando salió del ascensor ya podía pensar con claridad. Decidió marcharse por la entrada por la cual George la había hecho pasar. Cuantas menos personas fueran testigos de su partida sería mejor.

Suspiró aliviada cuando finalmente llegó a la puerta. La abrió y se encontró con Wolf Higgins.

—¡Oh!

Inconscientemente alzó la mano para defenderse.

—¡Wolf! ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que…

—¿Pensaste que estaba arriba, Kendra?

Se volvió al oír a George.

—Hay otras formas de salir de este edificio, aparte del ascensor. Wolf y yo usamos una de ellas cuando nos dimos cuenta de que escapabas de nuestra hospitalidad.

Kendra intentó controlarse. Esos hombres eran peligrosos. Vio la expresión de George y se estremeció.

—Por favor déjame pasar, Wolf. Deseo irme.

El hombre la miró con expresión de disculpa.

—Lo siento señorita Loring —dijo—. Pero George desea hablar con usted.

—¿Y lo que George desea importa más que lo que deseo yo?

—Me temo que sí señorita.

Kendra apretó los dientes tratando de controlarse. Observó la mirada triste, pero decidida de Wolf y se volvió.

Sin decir ni una palabra, pasó junto al hombre que permanecía en la entrada con expresión amenazante y se dirigió al ascensor. Todo el

casino era una trampa. George Garrett era el dueño de todo y de todos los que estaban dentro de él.

Dejando a Wolf atrás, él entró en el ascensor en completo silencio.

Mientras George volvía a abrir la puerta del apartamento, Kendra preguntó:

—Si te doy las explicaciones que deseas George, ¿me dejarás partir?

—No. Te quedarás aquí hasta mañana.

Capítulo 4

—No tienes derecho a hacer esto —dijo Kendra mientras se sentaba en el sofá y se cruzaba de piernas—. Pero tú ya lo sabes, ¿no es así?

George sirvió dos copas y le ofreció una antes de sentarse frente a ella. Esbozó una ligera sonrisa. Kendra notó que apenas se esforzaba por disimular su rudeza. Parecía haber aceptado el hecho de que ella conocía su verdadera naturaleza y no deseaba perder el tiempo en ocultarla.

Pero su instinto femenino la decía que aún la deseaba.

Se estremeció mientras reflexionaba sobre ese hecho.

—Me parece que después del favor que te hice esta noche podrías aceptar mi hospitalidad con un poco más de cortesía.

—Eso es exactamente lo que hubiera hecho, si pensara que no hay nada más en todo esto. Pero te oí hablando con Wolf en el despacho…

—Pensé que podías habernos oído. No considerabas muy elevada mi reputación cuando apareciste en el casino esta noche. Durante la cena dejaste de preocuparte por ello, pero todas las acusaciones volvieron a aparecer en tus ojos cuando te encontraste con Wolf y conmigo abajo.

—Tengo una situación algo delicada entre manos. No necesito más complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones son las que te preocupan?

—No son de tu incumbencia, George —respondió con firmeza.

—Tú hiciste que lo fueran al entrar en el casino esta noche.

—¡No!

Él hizo un gesto para rechazar su protesta.

—Y ahora que te he ayudado a… solucionar esa pequeña complicación que había surgido en tu habitación del hotel…

—¡Yo no te pedí ayuda! ¡Nunca debiste haberme seguido! —exclamó ella.

—Pero lo hice. Y vi la expresión de alivio que apareció en tu rostro al alzar la vista y descubrir que yo estaba en la puerta. En ese momento me pediste que me hiciera cargo de todo. ¿Por qué no dejas de luchar contra tus instintos y vuelves a hacer lo mismo? Dime de qué se trata todo esto, Kendra. ¿Qué tienes que ver con los Radburn?

—¿Por qué te interesa?

—Digamos que es una apuesta.

—¿Por el dinero que Donna te debe? Lo tendrás. No te preocupes.

—Ésa es mi intención —dijo George y dio un sorbo de *brandy*—. Ahora habla. Dime cosas de los Radburn.

Ella se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir. Van a tramitar el divorcio.

—¿Entonces por qué Radburn sigue el rastro de su esposa?

—Él no quiere divorciarse. Así de simple.

—¿No soporta perderla?

Kendra tenía la sensación de que a George Garrett le resultaba difícil comprender cómo un hombre podía amar tan intensamente a una mujer.

—No soporta perder el dinero que ella heredará dentro de un par de meses cuando cumpla veintisiete años.

—Comprendo. Eso tiene más sentido. ¿Y cuál es tu papel en todo esto? ¿Por qué traes recados de Donna y tratas de ayudarla a ocultarse de Radburn?

—Donna es mi prima —le respondió brevemente negándose a decir nada más.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué es necesario que Donna se esconda? ¿Radburn la ha amenazado?

Kendra hizo un gesto de desagrado.

—Ya viste al hombre que mandó para que me siguiera. ¿Tú qué crees?

—¿Por qué no va a la policía?

—Hay alguien más en este asunto.

—¿Quién?

—Donna tiene un hijo. Si Austin Radburn encuentra al niño, puede obligar a Donna a volver. Ella tiene su custodia, pero eso no será de mucha ayuda si Austin se entera de dónde está Jason. Podría obligar a Donna a hacer cualquier cosa.

—¿Como volver con él y quedarse con su herencia?

—Exactamente. Y eso es todo. Fin de la historia. Como puedes ver, no tiene ninguna relación contigo. ¿Puedo irme ahora?

—Por la mañana —dijo él.

—Yo no deseo quedarme, George.

—¿Te pongo nerviosa?

—Francamente sí.

—No tienes nada que temer —la tranquilizó.

Su voz cálida y profunda hizo que ella se sintiera aún más nerviosa.

—Estás a salvo aquí.

Kendra cerró los ojos durante un instante y luego le miró.

—No me siento a salvo aquí.

—¿Temes que te fuerce? —le preguntó.

Ella pestañeó sobresaltada.

—Por supuesto que no —le dijo rápidamente.

Él vaciló un momento y luego dijo:

—No, tú no me temes físicamente. Tampoco temías a Phelps. Sólo te preocupaba la posibilidad de haberle herido. Tienes mucha confianza en ti misma, Kendra. Como ya te he dicho antes, me intrigas.

—¿Tu perro guardián aún está custodiando la puerta? —preguntó Kendra, sin prestar atención a sus palabras.

—Lo hará durante toda la noche —le aseguró él con suavidad—. Puedes relajarte. No irás a ninguna parte.

—Ya he satisfecho tu curiosidad —le recordó.

—Pero no creo que estés segura si sales a la calle esta noche. Voy a retenerte aquí y por la mañana haré que llegues a salvo hasta el avión.

—¿En contra de mi voluntad?

—No es necesario que sea de ese modo.

Kendra se dio cuenta de que esas palabras tenían un doble sentido.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refiero —dijo él con calma.

Ella podía sentir el ardor sensual de su mirada. Si George no estuviera allí, no tendría grandes dificultades para despistar a Wolf. El hombre no podría controlar todas las salidas. Ella se mezclaría entre la gente del casino y saldría con algún grupo.

—¿Tratas de que me resigne a mi destino? —preguntó Kendra.

—¿Fue así como sedujiste al pobre Phelps hasta tu habitación esta noche? ¿Le sonreíste de ese modo y le invitaste a tu habitación para luego agredirle?

—No exactamente. Verás, él no esperó una invitación.

—¿Al revés que yo?

—¿Estás esperando una?

—Tal vez —dijo con tono seductor.

Se puso de pie y se acercó hacia ella.

Kendra permaneció inmóvil, sonriendo mientras él la miraba de arriba abajo. Su mirada producía extraños efectos en ella, pero hizo acopio de valor para reprimirse. Lo que estaba a punto de suceder debía hacerse con la cabeza despejada o podía terminar siendo un desastre.

—¿Me estás invitando, Kendra? —preguntó George a la vez que cogía la mano para ayudarla a ponerse de pie.

«Un hombre es débil cuando desea a una mujer», pensó.

Bajó la vista un instante y luego alzó el rostro para que él la besara.

—Pensé que lo harías. Me deseabas esta noche, ¿no es así?

Él inclinó la cabeza lentamente y acarició sus labios. George no esperó una respuesta verbal.

—Me pregunto si tanto como yo a ti —le dijo a ella.

Kendra permitió que la besara y le rodeó el cuello con los brazos mientras él la besaba apasionadamente.

Ella había besado a otros hombres con experiencia, pero las caricias de George Garrett eran diferentes, más directas, más excitantes.

Kendra trató de no responder a sus caricias. Debía concentrarse en excitarle. Necesitaba lograr que perdiera el control, que se volviera loco de deseo.

—Juntos estaremos muy bien, Kendra. Lo supe desde el momento en que te vi.

—¿Sí? —susurró Kendra consciente de que su corazón latía

desenfrenadamente y luchando por dominarse.

Él comenzó a besarle las mejillas mientras le acariciaba la espalda lentamente.

—Tuve que seguirte hasta el hotel. No podía permitir que salieras de mi vida de ese modo, cuando sabía que podían ocurrir tantas cosas entre nosotros.

Ella esbozó una sonrisa y acarició su pelo. De pronto Kendra gimió de placer. Le abrazó con fuerza. George lanzó una exclamación de deseo y satisfacción ante su respuesta. Le acarició el cuello y Kendra empezó a temblar.

—¡George!

Ella pronunció su nombre en tono de súplica, pero no estaba segura de si lo había hecho deliberadamente o no.

Él sonrió mientras deslizaba los dedos por el escote de su vestido. Kendra volvió a estremecerse al sentir que él le estaba besando el cuello.

George le quitó las horquillas del pelo y se lo dejó suelto.

Kendra se esforzó por no olvidar sus planes. Era sorprendente cómo el deseo de ese hombre encontraba respuesta en su cuerpo. Nunca le había ocurrido con nadie. Por primera vez en dos años comenzó a preguntarse si sus necesidades habrían vuelto a la normalidad después del trauma. Durante todo ese tiempo se había quedado satisfecha con una relación afectiva, con un beso… Pero esa noche había algo especial que la ponía nerviosa, algo que la tentaba de un modo que iba más allá del deseo que había conocido antes del incidente de hacía dos años. Se había dado cuenta de que ese hombre era diferente.

Estaba luchando en una batalla que debía ganar. Ahora más que nunca necesitaba apartarse de él. Había demasiado en juego…

—Tienes unas manos preciosas. Me gusta sentirlas sobre mí.

—¿Es verdad eso, George? —dijo Kendra casi sin aliento mientras se esforzaba por controlarse.

—Sí —respondió él con voz ronca—. Acaríciame, pequeña dama misteriosa. Olvida el pasado y el futuro y sólo acaríciame una y otra vez esta noche.

Kendra comenzó a quitarle la chaqueta mientras se decía que sólo estaba representando una actuación, haciendo lo necesario para alejarse de él.

El abrigo cayó al suelo y ella alzó sus manos temblorosas hacia la corbata negra. Se la quitó y Kendra pudo percibir el placer de George.

Entonces él empezó a desabrocharle el vestido. No le sería posible escapar desnuda, en medio de la noche. Debía actuar antes de que él la desnudara.

—Espera un poco más.

—¿Por qué? —preguntó George mientras le acariciaba el rostro—. ¿Por qué debo esperar? Ambos sabemos lo que deseamos.

—¿No… no te gustaría que primero terminara con lo que he comenzado? —sugirió.

Contuvo el aliento al ver su mirada sensual.

—¿Quieres terminar de desnudarme antes de que yo haga lo mismo contigo? —preguntó George con una sonrisa.

—¿Te molesta?

—No —murmuró.

La cogió de la mano y la llevó al dormitorio.

—No tengo ninguna objeción. Eres una mujer sorprendente. Me alegro de que no te resistas y de que sepas qué es lo que realmente deseas.

—¿Cuáles son tus sentimientos, George? ¿Me deseas?

—Más de lo que puedes imaginar —confesó al detenerse junto a la cama.

—Para un hombre es sencillo desear a la mujer que tiene delante de él, ¿no es así? —susurró mientras le desabrochaba la camisa con manos temblorosas.

—Sí —admitió él—. Pero esto es diferente. Tú eres diferente…

—No te creo. Supongo que habrás hecho esto mil veces.

—¿Acostarme con una mujer a la que acabo de conocer? No Kendra, no lo he hecho mil veces. ¿Y tú? ¿Siempre sabes lo que deseas con tanta rapidez?

Ella le quitó la camisa y sus manos acariciaron el vello oscuro de su pecho.

—No —dijo Kendra.

Se puso nerviosa al darse cuenta de que se estaba acercando el minuto final. Tendría que actuar con rapidez y nunca se había sentido menos dispuesta a hacerlo. Su cuerpo estaba a punto de traicionarla, a pesar de que no era consciente de ello. Él sólo era otro hombre. Un hombre al que podría manejar. ¿Qué ocurría con ella?

—¿No? ¿No hay ningún otro hombre esperándote en San Francisco? —insistió George mientras ella le seguía acariciando.

Kendra notó que él contenía el aliento y supo que comenzaba a perder el control de sí mismo. Tendría que moverse rápidamente.

—Si te dijera que lo hay, ¿cambiarías de idea respecto a esta noche? —le preguntó.

—Nada lograría hacerme cambiar de idea respecto a esta noche. Si hay otro hombre, haré que le olvides.

Kendra sabía que pocos segundo más tarde, él la tumbaría sobre el edredón blanco y entonces estaría perdida. Sentía a la vez atracción y rechazo hacia esa idea.

Se puso fuera de su alcance a la vez que le sonreía de forma insinuante.

—¿Kendra?

La miró con sensualidad. Entonces extendió los brazos para tratar de abrazarla de nuevo.

Tendría que ser más rápida. La caída debería aturdirle lo suficiente como para darle tiempo a escapar.

Le cogió de la mano tratando de que su cuerpo se hiciera cargo de la situación. Debía verle como aun atacante, no como a un amante.

Sin duda sería sencillo, ya que él no esperaba nada como eso. Estaba consumido de deseo. Era completamente vulnerable…

Cuando notó que su mano descendía, se movió hacia atrás ligeramente y él la siguió. Volvió a retroceder deslizando el pie izquierdo hasta que logró ponerlo en la posición correcta. En una fracción de segundo logró inmovilizarle y le cogió del brazo. Le hizo la llave con maestría.

En cuanto él rozó la alfombra, Kendra se dio cuenta de que había cometido un error. George no había caído bien. No estaba aturdido por el impacto.

Apenas tuvo tiempo de asimilar la equivocación cuando él la cogió del tobillo. Kendra intentó darle una patada para liberarse, pero no lo logró. Trató frenéticamente de recordar todo lo que habían enseñado, pero nunca se había estudiado esa posibilidad en clase.

Comenzó a pensar con normalidad. Todo estaba ocurriendo con demasiada rapidez. De pronto, él la tiró al suelo con fuerza. Kendra logró caer de forma apropiada, pero no pudo recuperarse a tiempo como para desquitarse.

Entonces George se puso sobre ella. Su rostro revelaba furia y deseo. Entonces Kendra comenzó a luchar, utilizando todo lo que había aprendido en los dos últimos años.

Era una batalla silenciosa, salvaje y amarga, y ella era la perdedora. Lo peor era que cada ataque o defensa que utilizaba enfurecía más a George. Pero no se trataba de una cólera ardiente que le iba debilitando. La ira de George era fría y controlada.

Kendra se sintió dominada por el pánico. Comenzó a arañarle él rostro hasta que él le sujetó las manos. Entonces intentó darle una patada, pero no logró dar en el blanco. Se retorció sobre la alfombra, exhausta de miedo y dolor.

Ninguno de los dos habló durante la lucha, y el silencio parecía aumentar la violencia del forcejeo.

Entonces todo terminó. Agotada, empapada de sudor y con el vestido desgarrado, se quedó inmóvil debajo de George. Observó su rostro tenso. Supo que no había ninguna posibilidad de que tuviera conmiseración con ella.

Permaneció quieta, esperando la reacción de él. Era todo lo que podía hacer para no llorar de miedo y dolor. Recordó de pronto esa noche, hacía dos años. Deseaba gritar, llorar, suplicar. Y en medio de su terror, nada de eso era posible. Sólo podía mirar con odio a ese hombre frío, con rostro impertérrito.

—¡Pequeña tramposa! ¿Qué diablos tratabas de hacer? ¿Siempre andas por ahí haciendo esto a los hombres?

Kendra no pudo hablar. Esperó en silencio lo que vendría después, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban para no llorar. Ya que no estaba en condiciones de negarle nada más, al menos no le daría esa satisfacción.

—¡Respóndeme, maldita seas! ¿Cuántas veces has hecho esta clase de cosas? ¿Cuántos hombres han caído por ello? ¿Fue esto lo que le ocurrió a Phelps esta noche? ¡Dios mío! Estaba hablando en broma cuando te pregunté si le habías seducido para que subiera a tu habitación para después pegarle. Pero probablemente fue lo que ocurrió. ¿Qué ibas a hacer? ¿Robarle su billetera?

—¡No!

Kendra cerró los ojos para no ver su furia.

—Si lo que quieres es dinero, ¡bien puedes ganártelo! Pero no creas que evitarás lo que me estabas prometiendo hace unos pocos minutos.

Cuando pago por algo siempre lo consigo.

Kendra comenzó a temblar al comprender que no había forma de razonar con él. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Por qué no había pensado en la posibilidad de fallar? ¿Por qué se había confiado tanto? Había sido tan sencillo derribar a Phelps que pensó que sería igual con George Garrett, cuyo único deseo era llevarla a su cama.

Pero ahora toda su determinación estaba encaminada hacia la violencia y la venganza. Toda la pasión de hacía unos minutos había desaparecido como si nunca hubiera existido.

Al sentir la mano de George en su vestido, Kendra se mordió el labio inferior hasta que se hizo sangre. Él desgarró el vestido con violencia.

Se terminó de desnudar y tiró su ropa a un rincón sin soltarla en ningún momento. Un instante después, los dos yacían desnudos sobre la alfombra.

Kendra comprendió que George ni siquiera la llevaría hasta la cama. Iba a poseerla allí mismo sobre el suelo.

Capítulo 5

La única forma de defenderse era pensar que aquellas desagradables escenas no le estaban sucediendo a ella. De ese modo no sufriría ningún daño psicológico.

La mano de George comenzó a recorrerle el cuerpo, pero no había ternura en sus caricias. Sólo existía una ardiente necesidad de explorar el territorio que iba a conquistar.

—¿Qué te pasa? ¡Abre los ojos y mírame! Tú empezaste esto y ahora vas a descubrir lo que significa terminar lo que has provocado. ¿Cuántos hombres darían todo por estar en esta situación?

Kendra trató de pensar en lo que haría cuando todo terminara. No permitiría que otro hombre le hiciera pasar por eso y se alejara riendo.

—¡Abre los ojos!

Como Kendra seguía negándose a obedecer, George la hizo daño. Ella se quejó de dolor.

—¡Mírame! Quiero ver la expresión de tus ojos cuando aprendas que no puedes tratar a los hombres como si fueran juguetes.

Él la besó de forma violenta y le comenzó a salir sangre de nuevo de la herida que ella misma se había hecho.

—¿Qué diablos te has hecho? —preguntó George al sentir el sabor de la sangre—. No tienes que hacerte daño. Estaré encantado de hacerlo por ti.

Kendra se dio cuenta de que aún no se había concentrado todo lo que debía, para no sentir el dolor de su boca ni el peso de George.

Se preguntó por qué él actuaba tan despacio. ¿Qué le detenía?

¿Deseaba prolongar esa situación lo más posible para aumentar su humillación?

Él volvió a besarle la mejilla y Kendra notó que estaba molesto.

—¡Maldición! ¡Primero sangre y ahora lágrimas! ¿Qué ocurre Kendra? ¿No puedes aceptar lo que has provocado con tanta facilidad?

Kendra no era consciente de que estaba llorando, pero hizo todo lo posible por contener las lágrimas.

—¡Así está mejor! No soy tan débil como para dejarme impresionar por ese viejo truco.

Comenzó a besarle el cuello mientras sus manos la presionaban con fuerza contra la alfombra. En un momento más…

De pronto él la soltó y le cogió el rostro entre sus manos.

—Mírame Kendra. Abre los ojos y mírame o te juro por Dios que…

Ella no esperó a que completara la amenaza. No serviría de nada. Abrió los ojos y le miró, pero sin verle realmente. Fijó la vista en un punto imaginario detrás de George. Él le movió la cabeza de un lado a otro con suavidad.

—¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo contigo misma?

Kendra percibió la incertidumbre de su voz, pero no respondió. Estaba a salvo, oculta, a la espera del final…

George comenzó a acariciar su rostro lentamente.

—¡Basta! Escúchame Kendra. Ya está bien. No voy a hacerte daño.

A ella le extrañó su tono de voz.

—Relájate —dijo sin dejar de acariciarla—. Relájate cariño. Todo está bien. Te has metido en un verdadero lío esta vez, ¿no es así? Probablemente soy el primer hombre que te tiene en sus brazos y ni siquiera tengo el valor de hacerte mía.

Kendra estaba desconcertada. ¿Por qué no la violaba? Ésa había sido su intención al arrojarla sobre la alfombra; estaba segura.

Pero él continuó hablando con voz profunda y tranquilizadora. Quería que se comportara como una persona normal. Le pedía que confiara en él. Kendra sabía que no debía obedecer y trató de resistirse.

—Por favor, cariño, tranquilízate. No voy a hacerte daño. Yo me ocuparé de todo. Estarás bien. Estás a salvo.

Sus suaves caricias la hicieron volver a la realidad. George se puso a un lado de ella. Entonces Kendra pudo ver su rostro. Tenía una expresión que era difícil de interpretar.

—Todo está bien, cariño. Te juro que todo está bien…

—¿George?

Pronunció su nombre con un hilo de voz.

—Ha sido un buen truco. Mejor que el primero. Has logrado asustarme durante un momento. Eres una mujer muy lista, Kendra. Y yo he demostrado ser un tonto.

George se sentó lentamente sin dejar de observar su rostro. Kendra tenía la impresión de que se esforzaba por mantener una expresión de enfado, pero no podía ocultar su preocupación.

—George…

La voz de Kendra reflejaba su miedo, pero poco a poco fue comprendiendo que se hallaba a salvo.

—Lo siento George. Yo… yo sólo quería irme. No deseaba quedarme aquí contigo y no se me ocurrió otra forma de salir de este lugar.

Kendra sabía que él no dejaba de observarla. Se sentó y cogió un trozo de seda roja de su vestido para taparse.

—Así que me hiciste creer que deseabas acostarte conmigo y luego intentaste ponerme fuera de combate. Parecía sencillo, ¿no es así?

—Pero no lo fue —respondió Kendra con tristeza—. Desde el momento en que te vi caer supe que todo había salido mal.

—¿Llevas mucho tiempo entrenándote?

—Casi dos años.

—¿Y con cuántos hombres has utilizado esa táctica?

—Gilbert Phelps fue el primero. Yo no le seduje para que fuese a mi habitación, George. Él estaba ante la puerta cuando me volví para cerrarla. Dijo que quería que le diera algunas explicaciones y yo le amenacé con llamar a recepción si no se iba. Trató de cogerme. Entonces todo ocurrió con rapidez. Después de derribarle quise salir de la habitación para buscar ayuda, pero él no reaccionó. Pensé que podía haberle herido y me asusté. En ese momento apareciste tú.

—Así que después de dos años de entrenamiento tuviste suerte con el primer contrincante. No me extraña que parecieras tan satisfecha de ti misma, una vez que comprobaste que no habías cometido un asesinato.

Ella volvió a ruborizarse. No podía negar que se había sentido satisfecha. Después de dos años creyó tener la prueba de que podía valerse por sí misma. De que ningún hombre podría volver a usar su

fuerza contra ella. Al recordar su confianza mientras volvía al casino cerró los ojos.

—Después de Phelps, yo parecía una presa fácil, ¿eh? Después de todo ni siquiera trataba de atacarte. Sólo te pedía que te acostaras conmigo. Lo gracioso es que creí que tú también lo deseabas. Eres una excelente actriz, Kendra. Hubiera jurado que estabas tan excitada como yo. Suelo saber qué quiere la gente, lo creas o no.

—Yo estaba disfrutando. Eres… es decir, estoy segura de que eres muy buen amante.

—¡Gracias!

George parecía más enfadado que nunca.

Kendra apretó los dientes. Todo estaba saliendo mal.

—Pero verás, aunque no hubiera tratado de escapar, al final de la velada te hubieras sentido defraudado.

—¿De qué estás hablando ahora?

—No me hubiera acostado contigo, George. No… no me gusta el sexo —dijo con sinceridad.

Él la miró.

—¿No te gusta? Acabas de decir que estabas disfrutando con mis caricias.

—Con eso sí disfruto —le explicó arrepentida de haber comenzado a hablar del tema—. Algunos besos, un poco de cariño. Soy lo suficientemente humana como para querer un poco de amor.

—Pero no el compromiso total, ¿no es así?

Extendió la mano y la cogió de la barbilla para obligarla a mirarle. George observó su boca.

—Es una expresión extraña para ser usada por un hombre —dijo Kendra—. Ir a la cama con una mujer no suele significar ningún tipo de compromiso para los hombres. Lo mejor que puede ocurrir es que les parezca una diversión.

—¿Y lo peor?

—Y lo peor es lo que casi ocurre entre nosotros.

—Violación.

—Sí.

—¿Cuánto hace que fuiste violada, Kendra? —preguntó George con suavidad.

Ella se sobresaltó.

—George, yo…

—¿Cuánto hace? —repitió con más suavidad.

—No me gusta hablar de eso con nadie.

—Ya es hora de que lo hagas. ¿Cuánto hace que ocurrió, Kendra?

—Hace dos años.

Cerró los ojos, se sentía indefensa.

—¿Le detuvieron?

Ella negó con la cabeza; los ojos se le llenaron de lágrimas. Era la segunda vez que lloraba esa noche. Y hacía casi dos años que no podía hacerlo.

—¿Conoces su nombre? ¿Sabes quién fue? —Sus palabras eran frías y cortantes.

—Le conozco.

No dijo nada más ya que deseaba terminar con esa conversación aunque no sabía cómo lograrlo.

—Le mataré.

—George, no digas eso.

Kendra abrió los ojos y le miró. Le cogió una mano.

—Ni siquiera me conoces. ¡Por amor de Dios! Hace unos minutos dijiste que lo merecía.

—Hace unos minutos estaba loco de furia. No era mi intención…

—Sí que lo era —replicó Kendra—. Y también era la de él. Estaba tan furioso como tú. Y había estado bebiendo.

George la acarició el cuello y los hombros con suavidad y ella sintió que se calmaba con la caricia.

—No te inquietes, cariño. Hablaremos de ello en otro momento.

—El tema está zanjado —respondió con seriedad—. Nunca debí haber permitido que habláramos de él.

—No tuviste muchas opciones.

Siguió acariciándola lentamente mientras ella agarraba el vestido de seda.

Permanecieron en silencio durante un rato. George la observó con ternura. Kendra era consciente de que él deseaba saber qué era lo que había ocurrido hacía dos años y que sentía curiosidad respecto a su comportamiento actual.

—¿Comenzaste a aprender defensa personal para recuperar la confianza en ti misma?

—Te he dicho que no deseo hablar de ese tema.

—Funcionó perfectamente, ¿no es verdad? Esta noche al entrar

aquí, eras una mujer que no temía a nada en el mundo. Te habías convencido de que podías manejar a cualquier hombre que se pasara de la raya. Y tu éxito con Phelps debió haber reafirmado tu confianza. Le derribaste como a un niño indefenso.

—Por favor, George…

—Pero aunque seas muy buena, siempre habrá alguien un poco más resistente, un poco más experimentado. Puedes haber aprendido a cuidarte, pero no has aprendido a tener sentido común.

—¡Te he dicho que no quiero hablar más de ello!

—Muy bien, hablaremos luego. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

—No seas ridículo. Nunca volveremos a vernos. Quiero volver a casa…

—¿A San Francisco?

—Y no quiero que hagas que Wolf me siga.

—Hablaremos de todo por la mañana. No tienes por qué preocuparte, Kendra. No voy a hacerte daño. ¿No puedes confiar en mí? Si estuve a punto de hacer algo violento fue motivado por la ira.

Ella se estremeció.

—Lo sé.

—¿Así que durante dos años no has tenido relación con ningún hombre? ¿Nunca te has enamorado?

—¡No!

—Pero has llegado a la conclusión de que no te molestan algunos besos y caricias.

—Eso es todo lo que deseo de una relación, George. Como ya te he dicho, aunque no hubiera intentado salir de aquí, te hubieras sentido defraudado.

—No creo que me hubiera sentido defraudado —contestó con suavidad.

Ella giró la cabeza alarmada por el tono de su voz.

—Tranquilízate. Tienes mi palabra de que no te voy a forzar si tú no quieres.

—George, no quiero…

Él la abrazó con dulzura, sin impedirle que sujetara el vestido rojo. Kendra quería protestar, rogarle que no volviese a tocarla, pero no podía pronunciar esas palabras. Estaba exhausta, tanto física como emocionalmente.

George le dio un beso en la frente mientras le echaba hacia atrás un mechón de pelo. Entonces movió los labios lentamente hacia su sien. Kendra se estremeció.

—Has admitido que habías disfrutado con las primeras caricias —susurró George con tono persuasivo—. Todo lo que te pido es que te permitas volver a disfrutar de ellas.

—¡No después de lo que ocurrió! ¡No es posible! —exclamó ocultando el rostro en su hombro mientras él la rodeaba con los brazos.

—Especialmente después de lo que ocurrió —la contradijo con firmeza—. No quiero que te vayas por la mañana con el recuerdo de que estuve a punto de violarte. ¡Por Dios Kendra! Permíteme borrar alguno de esos recuerdos.

—No. Querrás más de lo que puedo darte. Los hombres siempre quieren más.

—No voy a negarlo. Pero no tomaré nada más. Tienes mi palabra. Sólo permíteme abrazarte durante un rato, tocarte, sentir tu cuerpo junto al mío…

Su voz volvía a tener el tono suave y tranquilizador que ella no podía resistir. Sus manos le recorrieron la espalda desde la nuca hasta la cintura.

—Eres una mujer apasionada, Kendra. Me sedujiste hasta que no pude pensar en otra cosa que no fuera llevarte a la cama. Puedes hacer enloquecer a un hombre, ¿lo sabes?

George la hizo tumbarse en la alfombra.

El pelo de Kendra se esparció sobre el cuerpo desnudo de George y al sentir el suave contacto, él la observó con la mirada brillante.

—Deseaba que te soltaras el pelo durante la cena. Mientras comías y bebías yo no hacía otra cosa que pensar en una forma de convencerte para que te quedaras a pasar la noche.

—Yo no pretendía hacer tal cosa. Nunca hubiera vuelto aquí contigo si no me hubieses amenazado con dificultarme las cosas en el hotel. ¡Oh, George! ¡Nada de esto debió haber sucedido! Si no me hubieras obligado a volver, podría haberme ido por la mañana sin que nada hubiese cambiado —se lamentó.

—Sé que me odiarás por decir esto, pero es probable que te haya hecho un gran favor esta noche.

—¿Por no violarme? —dijo amargamente—. ¡Gracias!

—Me refiero a que te he dado una lección antes de que te metieras en un verdadero lío —replicó George mientras le acariciaba los hombros con sensualidad—. Sé que no es un buen momento para pedirte sensatez…

—¿Sensatez?

—Pero trata de imaginar cómo te sentirías ahora si hubieras intentado tus trucos con alguien tan experimentado como yo, pero que no quisiera tomarse la molestia de reprimir su deseo de venganza. Tu técnica es buena, pero te falta experiencia.

—Creo que la estoy obteniendo esta noche.

Él pareció molestarse al oír su tono irónico.

—Lograste tener una sensación de poder y no consideraste el hecho de que hay otras personas que poseen la misma seguridad e incluso más. Al comprobarlo sentiste pánico.

Kendra se tapó la cara con las manos. Esa sensación era probablemente la peor de todas.

Él volvió a acariciarla de forma tranquilizadora.

—La vida no es como una clase de defensa personal, cariño. Es bueno saber cómo protegerse, pero la mejor defensa es mantenerse lejos de los problemas y no recibirlos con los brazos abiertos.

—Yo no he hecho eso. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía salir de aquí esta noche? Traté de convencerte de que me dejaras hacerlo. Tú no quisiste oírme.

—No corrías ningún peligro y creo que lo sabías. Te hubiera dejado dormir sola si realmente lo hubieses deseado.

—Eso no era lo que me preocupaba. Quería estar lejos de ti, ¿no lo comprendes? Nunca debí haber aceptado cenar contigo. Ahora ya sabes demasiado…

—Silencio, Kendra. Ya hemos hablado más que suficiente. Cálmate, relájate.

Ella deseaba discutir, seguir acusándole, debía hacer cualquier cosa para impedir que la acariciara de ese modo. Pero era imposible. Ya no era capaz de concentrarse como lo había hecho cuando él quiso hacerla suya.

Sin embargo en este momento no podía repetir la experiencia. Le complacían las caricias de George y comenzaba a ceder a su seducción. Kendra sabía que confiaba en George Garrett, a pesar de que quería hacerse creer a sí misma lo contrario.

Antes había intentado escapar. Ahora estaba demasiado aturdida como para pensar en otra cosa que no fuese ese momento. En ese estado de debilidad, las caricias eróticas de George eran increíblemente seductoras.

—Me alegro de que al menos te guste esto. Porque incluso cuando tratabas de asesinarme, todo lo que yo deseaba hacer era besarte una y otra vez…

—¡Yo no trataba de asesinarte!

Él se rió y la acercó un poco más mientras la llevaba hacia un lado. Se apoyó en un codo y le acarició la cintura. Entonces inclinó la cabeza.

Ella permitió que la besara. Se rindió a sus caricias por completo.

Por primera vez en dos años dejó de pensar en el pasado, en el futuro y en la forma de protegerse física y emocionalmente. Sólo deseaba ser reconfortada.

George murmuró el nombre de Kendra y la besó apasionadamente. Kendra dejó a un lado el vestido de seda y apoyó las manos en el pecho de George. Le oyó gemir y deslizó la mano lentamente hasta su cintura.

—Me vuelves loco —dijo George mientras le besaba el lóbulo de la oreja. Kendra se estremeció, pero no de miedo, sino de placer—. Eso es, pequeña. Ven acércate más. Yo cuidaré de ti. No te faltará nada.

Ella le abrazó con fuerza. Kendra abrió los ojos y se encontró con su ardiente mirada.

—Hagamos el amor esta noche. Entrégate a mí, por favor. ¡Te deseo tanto!

—Oh, George. No puedo pensar…

—No necesitas hacerlo. Yo he pensado por los dos. Confía en mí, cariño. Entrégate. Sé que me deseas.

Kendra volvió a temblar cuando él la acarició. Permitió que la acostara en la alfombra. Entonces le vio descender lentamente hacia ella y extendió los brazos para abrazarle.

—¡Kendra!

Oyó que pronunciaba su nombre mientras sus manos le acariciaban el pecho.

—George, George… ¡por favor!

—¿Seremos amantes esta noche, cariño? ¿Me permitirás darte lo que deseo? ¿Tomar lo que necesito?

—¡Sí, oh sí por favor…!

Con los ojos cerrados por el inesperado impacto del deseo, Kendra le acarició el pelo mientras él se acercaba a ella lentamente.

La pasión finalmente los envolvió en un remolino de placer. Ella le acarició el pelo y el rostro haciendo caer al suelo el parche de terciopelo. En ese momento ninguno de los dos lo notó.

Le abrazó con fuerza y se entregó al ritmo salvaje. No se preguntó cómo era posible que esa pasión devoradora hubiese seguido a la lucha anterior. No se preguntó cómo un hombre que podía amenazar con matar a otro, que podía vivir en el oscuro mundo del juego, que podía secuestrarla, también podía convertirse en un hombre apasionado en el sexo.

Sintió la respuesta salvaje de su cuerpo y dijo con suavidad el nombre del hombre que la estaba creando.

George la cogió de los hombros con tanta fuerza que ella tuvo la sensación que eran un solo ser y entonces perdió el aliento por un instante. La recorrió una violenta convulsión y le produjo un estremecimiento de placer que nunca había sentido.

Lentamente, como si estuviera flotando, Kendra salió del mundo de placer que George le había mostrado.

—Duerme, mi dama misteriosa. No trates de salir de la niebla esta noche. Sólo duerme. Podremos hablar por la mañana…

Kendra suspiró profundamente sin abrir los ojos. Él la cogió en brazos y la dejó sobre la cama. George se acostó a su lado. Luego se durmió.

Capítulo 6

Kendra abrió la puerta de su casa y sintió una agradable sensación de alivio. Por primera vez en muchas horas había dejado de sentirse perseguida. Era una sensación ridícula que no tenía razón de ser. Después de todo, había estado a salvo desde que cogió el avión en Lake Tahoe. Además, no había ninguna razón para pensar que George Garrett tendría algún interés en seguirla. Ya había obtenido lo que deseaba. En su mundo, las aventuras pasajeras eran habituales. Y Kendra había sido para él una aventura más. Su atracción hacia ella había sido temporal.

Esas ideas habían estado pasando por su cabeza desde que se despertó esa mañana. Al abrir los ojos se encontró en la inmensa cama blanca con George dormido a su lado. Estaba tapado con la sábana hasta la cintura y Kendra se preguntó cómo un hombre como él podía haber logrado un bronceado tan natural.

Se incorporó y se esforzó por concentrarse sólo en escapar. Cuando se sentó en la cama, él se movió, pero no se despertó. Kendra no perdió tiempo. Cogió su maleta y se dirigió al salón. Se puso una falda, una blusa y una chaqueta. Cogió el bolso, el abrigo y la maleta y salió.

A diferencia de otros grandes casinos, el de Garrett no estaba abierto las veinticuatro horas del día. Acababa de amanecer y estaba vacío. Las mesas estaban tapadas y la ruleta parecía un juguete en lugar de la peligrosa amenaza en que podía convertirse. Wolf no estaba a la vista.

Cogió un taxi para ir al aeropuerto, llegó a tiempo de marcharse en

un vuelo anterior al que había pensado.

Su casa nunca le había parecido tan acogedora. Kendra cerró la puerta y piso la alfombra oriental, que creaba un efecto muy particular.

Gran parte de sus ganancias en la agencia de la cual era socia, habían sido destinadas a crear ese ambiente romántico y lujoso. Había dos sillones con cojines dorados a ambos lados de una gran ventana. Un espejo con marco también dorado y un escritorio de madera de roble daban clase a la habitación. Las sillas estilo francés y una elegante mesa de té aportaban un toque suntuoso.

En el comedor había una mesa ovalada bajo una araña de cristal. En el dormitorio un escritorio y varias estanterías para libros. Otra gran alfombra oriental se extendía desde allí hasta la cama. Sobre esta lucía una preciosa piel de vaca.

Una hora después, sonó el teléfono.

—¡Has vuelto! Cuéntame lo ocurrido, Kendra. ¿Aceptó el cheque? ¿Dijo algo respecto a… respecto a mí?

Kendra oyó la ansiosa voz de su prima e imaginó los malos momentos que debía estar pasando.

A sus veintiséis años, Donna Radburn era una mujer muy atractiva. Tenía una forma de manejar a los hombres que Kendra había tratado de imitar durante su adolescencia. Donna hacía despertar el instinto protector de la mayoría de los hombres. Durante algún tiempo Austin Radburn también pareció haber sucumbido a ese encanto.

—Recibió el cheque, Donna —dijo Kendra con calma.

Decidió que nunca diría a Donna lo que había ocurrido entre ella y George Garrett la noche anterior. Pero había otras cosas que Donna debía saber.

—Hubo un problema, sin embargo…

—¿Qué ocurrió Kendra?

—Alguien me siguió. Le envió Austin para hacerme preguntas respecto a ti.

—¡Oh Dios!

—No le dije nada, por supuesto, pero debemos tener en cuenta que Austin sabe que te has puesto en contacto conmigo. Creo que será mejor que no nos veamos con demasiada frecuencia hasta que todo esté arreglado. Probablemente sea conveniente que no vengas por aquí…

—Kendra, perderé el juicio si no puedo hablar con alguien. Jason me está volviendo loca. Si no tengo ningún adulto…

—Cálmate Donna. Saldremos juntas. Me refería a que no deberías venir aquí. Si Austin supone que yo sé dónde estás, es capaz de contratar a alguien para que vigile el lugar.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Seré tan feliz cuando consiga el divorcio y tenga ese dinero…

—¿Has pensado en lo que sucederá cuando tengas el dinero, Donna?

—¿A qué te refieres?

—A que es posible que el divorcio no detenga a Austin.

—Con el dinero que mi padre me dejó, podré viajar con Jason por todo el mundo. Desapareceré hasta que Austin se de por vencido —declaró Donna con firmeza.

Kendra no estaba tan segura, pero no cabían dudas de que su prima conocía a Austin mucho mejor que ella. Tal vez Donna tenía razón. Podía ser que Austin se rindiera, cuando supiera que el dinero estaba en poder de Donna.

—Kendra, respecto a George Garrett…

—¿Qué ocurre con él? —preguntó Kendra con dureza ya que no deseaba hablar del tema.

—¿Te… preguntó por mí? ¿Preguntó por el resto del dinero?

Kendra se dio cuenta de que Donna estaba muy preocupada y trató de calmarla.

—Le dije que tendría el resto del dinero dentro de un par de meses. Pareció aceptarlo.

—No tengo palabras para agradecer tu ayuda. Yo estaba tan avergonzada…

—No sé por qué. Él no estaba enfadado ni molesto. Creo que no hubiera supuesto ningún problema que tú le llevaras el dinero.

—Tú no comprendes. Las cosas estaban muy mal en la época en que contraje la deuda. Me sentía tremendamente deprimida. Hice cosas increíbles…

—No hay necesidad de volver a hablar de ello, Donna —murmuró Kendra.

Ella sabía cómo había estado su prima. Su violenta depresión, su forma de beber, de jugar y su intento de suicidio parecían increíbles ahora.

—Lo sé. Sólo deseaba decirte cuánto aprecio que hayas ido a llevarle el dinero. Yo no podría haberlo hecho… No después de la forma en que me comporté la última vez que le vi.

Kendra se preguntó qué habría sucedido exactamente, pero intuía que Donna no estaba de humor para entrar en detalles y ella tampoco estaba segura de querer oírlos. Donna se había hundido moralmente y George Garrett era un hombre que sabía cómo tratar a las mujeres. Kendra no deseaba pensar en lo que podía haber sucedido entre su prima y George Garrett.

—Escucha, según el pronóstico del tiempo va a hacer buena tarde —dijo Kendra queriendo cambiar de tema—. ¿Por qué no llevas a Jason al parque? Me reuniré con vosotros en el jardín japonés. Podríamos llevarle al acuario. Le encantará.

—¿Crees que es seguro?

—Pienso que sí. Lo importante es que no te arriesgues a venir aquí. Si Austin decide vigilarme necesitará tiempo para encontrar a alguien que lo haga. Tendré cuidado al ir hacia el parque. Si a las dos no he llegado, será porque he descubierto que alguien me ha seguido y me he vuelto a casa. ¿Está bien?

—Me gustaría mucho salir —admitió Donna—. Como te he dicho, Jason me está volviendo loca. Es muy travieso.

—Es normal en un niño de cinco años. Tiene tanta vitalidad que está moviéndose constantemente.

—¿Por qué será que las que no tienen hijos siempre hablan tanto de lo que se debe hacer con los niños? —dijo Donna riéndose.

—Es sencillo. No es difícil ser objetiva cuando sabes que puedes irte y dejarle los problemas a otro en el momento en que lo deseas.

Cuando Kendra llegó al jardín, Jason ya había dado de comer a las ardillas. Había estado a punto de estrangular a un pato y se había subido a todos los puentes.

Donna sonrió aliviada cuando Kendra apareció por uno de los senderos que conducían a la pagoda.

—Lo has logrado ya estaba empezando a preocuparme.

—¡Hola Kendra!

Jason se detuvo un momento para saludarla antes de correr hacia otro puente en miniatura.

—¡Hola Jason!

Alguna vez había pensado que tener una familia sería una de las

metas de su vida. Había carecido del amor de sus padres y deseaba tener hijos para darles el cariño que ella no había recibido. Esos pensamientos habían sido rechazados hacía dos años, pero habían vuelto a surgir recientemente, cuando conoció al pequeño Jason. Se preguntó si George Garrett habría pensado alguna vez en tener una familia, pero reconoció que no concordaría con su estilo de vida.

—No hubo ningún problema —le dijo a Donna—. Sólo tomé algunas precauciones como pasear por el parque antes de venir hasta el jardín. Estoy segura de que nadie me siguió. No creo que hubiera sido posible teniendo en cuenta el tráfico que hay hoy.

Donna sonrió.

—Estoy muy nerviosa. Desearía que todo esto hubiese terminado.

—Pronto acabará. ¿Qué te parece si llamamos a Jason antes de que intente escalar el Buda y le llevamos al acuario?

—Buena idea.

Pasaron la tarde enseñando a Jason los extraños y magníficos animales del acuario. Se agotaron ellas en un inútil intento de cansarle. Al final del día, Kendra los acompañó hasta un taxi y luego montó en su pequeño coche deportivo. Se dio cuenta de que continuamente miraba por el espejo retrovisor buscando algún coche que la siguiera.

El lunes por la tarde estaba buscando en una carpeta un gerente de compras para presentarle a un importante cliente cuando su socio, Norris Webb, llamó a la puerta. Era un hombre atractivo y estaba divorciado. Kendra sabía que no le faltaba compañía femenina. Al igual que ella, estaba ganando mucho dinero en la oficina.

—Sólo quería recordarte que nos reuniremos a cenar con los Richardson.

—No lo he olvidado. Sin embargo te toca a ti ir a buscarme.

—Así lo haré. ¿Te parece bien a las siete?

—Sí. Querías llevarlos a ese elegante restaurante italiano de North Beach, ¿no?

—Hay que ir al mejor restaurante. Si conseguimos que nos contraten, no tendremos ningún problema durante el próximo año y medio.

—Lo obtendremos —le aseguró Kendra y le observó alejarse.

Se echó hacia atrás en el sillón con expresión pensativa.

Hacía más de cinco años que ella y Norris trabajaban juntos.

Durante los dos primeros años, él había estado casado. Norris estaba muy enamorado de su joven y bella esposa, y el divorcio le había afectado mucho. Cuando comenzó a buscar nuevas amistades femeninas su relación con Kendra era meramente laboral. Nunca había intentado que fuera algo más. Kendra estaba satisfecha de mantener su trabajo separado de su vida privada.

Entonces había vivido esa noche espantosa. Después de eso Kendra mantuvo una vida social tan fría como la profesional. Había dejado de salir con hombres que buscaban algo más que una relación amistosa.

La cena con los directivos de Electrónica Richardson fue un éxito. La comida del restaurante italiano era excelente. La cuenta, que pagó la agencia Loring-Webb lo reflejaba muy bien. Pero los resultados lo valían, como dijo Kendra a Norris mientras regresaban.

—Firmarán los papeles por la mañana. Tendremos que ocuparnos de conseguir el personal que necesitarán durante los próximos meses.

—Tenemos a varias personas muy buenas en el archivo. Creo que conviene que primero cubramos el puesto de interventor. Parecen más preocupados por eso.

Kendra asintió con la cabeza mientras Norris aparcaba el Mercedes blanco frente a su casa. La ayudó a bajar del coche y sonrió mientras ella se alzaba el cuello del abrigo y sacaba la llave del bolso.

—¿Quieres entrar a tomar algo?

No era raro que él subiera a casa de Kendra a tomar una copa. Solía hacerlo después de una velada de negocios como ésa.

—Sí. Veo que tu vecina aún está levantada. ¿No es un poco tarde para ella? —dijo Norris señalando las luces del piso inferior.

—La señora Colter debe estar viendo otra película de Bogart. Le encantan.

—Es una noche apropiada para ellas. Fíjate en la niebla que hay. Podían haberlas filmado en San Francisco.

Como para reafirmar lo que Norris había dicho, se oyó una sirena que advertía del peligro a los barcos de la bahía. Kendra se sintió preocupada. La niebla hacía que la calle estuviera en penumbra, lo cual le daba un aspecto siniestro. Le hacía pensar en las películas de Bogart y en sujetos que se ganaban la vida en el mundo nocturno. Kendra buscó algún tema de conversación mientras abría la puerta del portal y comenzaba a subir hacia su propio apartamento.

—He estado pensando en ese puesto de interventor. ¿Has visto los

antecedentes de Caldwell? Hablé con ella la semana pasada y creo que podría ser una excelente posibilidad. Es…

Kendra se interrumpió al oír que se abría la puerta de la señora Colter. La anciana de pelo gris asomó la cabeza para saludar a su vecina.

—¡Hola Kendra! Ya era hora de que volvieras. Buenas noches, señor Webb. ¿Has pasado una buena velada?

—Excelente. ¿Y usted?

—Una velada muy interesante, joven —declaró la anciana con satisfacción—. Te gustará saber lo que he hecho, Kendra.

—¿Ha visto una buena película señora Colter?

—Mejor que una película, querida. A veces la vida real lo es, aunque no demasiado a menudo. He estado hablando con un hombre que vino a verte mientras estabas fuera.

Kendra miró a la señora Colter y se agarró a la barandilla. ¿Habría ido Austin Radburn a buscarla en persona? Durante una fracción de segundo se sintió invadida por el pánico… un pánico que había esperado no sentir. Pero después de lo ocurrido en Lake Tahoe no volvería a tener la sensación de confianza y seguridad de los últimos dos años. George Garrett la había destruido. Pero no estaba sola esa noche. La acompañaba Norris.

—Buenas noches, Kendra.

Los ojos de Kendra se encontraron con la mirada oscura y familiar del hombre de pelo negro que estaba detrás de la señora Colter. El parche de terciopelo se hallaba en su lugar y George vestía un traje negro muy elegante. Kendra se obligó a calmarse.

—Hola, George. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte, por supuesto. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

Norris los miró a ambos.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Norris a su socia.

—Norris, él es George Garrett. Norris Webb.

Los dos hombres se miraron. George hizo un leve movimiento de cabeza, pero no le dio la mano. Dejó que Norris tomara la iniciativa.

—Mira Kendra, podremos hablar en otro momento. Te veré mañana en la oficina… —comenzó Norris algo precipitadamente mientras la señora Colter se retiraba a un lado para permitir que George pasara.

—No es necesario que te vayas, Norris.

—Estoy seguro de que el señor Webb no desea molestar —dijo George.

Subió la escalera y la cogió de la cintura con un gesto posesivo, apartando a Norris de su lado.

—No, por supuesto que no. Ya me voy. Te veré mañana Kendra. Buenas noches, señora Colter.

—Buenas noches —dijo la anciana mientras los tres observaban a Norris Webb bajar las escaleras.

La mujer se volvió para observar a Kendra con interés.

—Es una suerte que estuviera en casa. Si no George hubiera tenido que esperar fuera, con este frío.

—Gracias señora Colter —suspiró Kendra y se volvió para subir rápidamente a su casa.

George también dio las gracias a la señora Colter y siguió a Kendra. Al entrar recorrió la habitación con la mirada.

—Así que aquí fue adonde volaste con tanta prisa ayer por la mañana. Muy bonito. Se parece a ti: elegante y de primera clase.

Kendra no respondió. Le temblaban las manos mientras se desabrochaba el abrigo. Él se puso detrás de ella para ayudarla a quitárselo. Kendra sintió que le rozaba los hombros y se apartó rápidamente. Se volvió para enfrentarse a él. Llevaba un vestido blanco que se ajustaba perfectamente a su cuerpo.

—Muy bien, George. ¿De qué se trata? ¿Por qué has venido?

—¿Quién es él, Kendra?

—Norris Webb es mi socio. Tenemos una oficina de empleo. Y además, no es de tu incumbencia, George. ¿Por qué estás aquí?

Kendra sabía que su aspecto era desafiante, pero no podía evitarlo.

—¿Estás pensando en hacerle tu amante?

Ella se volvió y le vio recorrer la habitación y examinar el marco dorado del espejo, un jarrón de cristal y el ramo de flores que había sobre la mesa de té. Entonces alzó la vista.

—No desenvolví mi presente misterioso para entregárselo a otro hombre, Kendra.

Ella se puso pálida.

—¡Eres un egoísta increíble! —exclamó.

—¿Por qué te fuiste sin despedirte? —preguntó con calma mientras se sentaba en uno de los sillones.

—Creo que la respuesta era obvia. Lo que ocurrió entre nosotros fue un error y me gustaría mucho olvidarlo.

—¡No!

Ella le observó con resentimiento.

—Puedes pensar lo que desees, George. No me importa demasiado. Si quieres tener el honor de haber descubierto mi secreto, entonces adelante. Si a tu ego le gusta la idea de haberme «despertado», puedes creer en eso. Pero yo te agradecería mucho que me dejaras sola.

—¿Qué ocurre, Kendra? ¿Por qué actúas de este modo? La otra noche cuando te dormiste en mis brazos, eras una mujer muy dulce. Ahora me miras como si fuese una especie de monstruo. —Ella hizo un gesto de desagrado, pero no dijo nada—. ¿Por qué te fuiste de ese modo? Te había dicho que podrías irte por la mañana. No iba a forzarte a que te quedases.

—Yo sólo quería alejarme, ¿no puedes comprenderlo? ¿Cómo podía saber lo que pensabas hacer después?

—¿No confiabas en mí? ¡No puedo creerlo!

—Entonces cree lo que tengas deseos de creer.

—¡Kendra!

—¡Por favor, déjame sola, George!

—¡No maldita sea! Dejaste sin responder demasiadas preguntas. Quiero saberlo todo, cariño. ¡Todo!

—No tienes derecho a eso.

—¡Ya lo creo que sí! Me otorgaste ese derecho cuando te entregaste a mí. ¿Qué ocurre Kendra? ¿Te ha asustado el compromiso después de todo? ¿Temes enfrentarte al hecho de que eres una mujer? ¿Te sorprendiste al descubrir que tu pasión es tan profunda después de todo este tiempo? ¡Dime lo que hizo que te fueras sin siquiera despedirte!

Ella le observó en silencio, preguntándose cómo podía ser tan insensible. ¿Ni siquiera sospechaba lo que le había hecho? Como todos los hombres sólo podía relacionarlo con el sexo. Kendra apretó los dientes.

—Preferiría no discutirlo, George. ¿No puedes comprenderlo? Después de lo que me hiciste…

—¡Lo que yo te hice! ¡Después de lo que yo te hice! ¡Kendra! ¿Vas a acusarme de violación?

—No, supongo que tú no lo ves de ese modo.

—¡Porque no fue de ese modo!

Kendra no pudo evitar el recuerdo de aquella noche en casa de George y se alejó de él para fijar la vista en el espejo.

Él la cogió de los hombros y la obligó a darse la vuelta.

—¡Dime la verdad! ¿Realmente crees que yo te violé? ¡Dime Kendra!

—Sólo puedes pensar en el sexo, ¿no es así George? Es todo lo que tu ego masculino desea recordar. Pero me ocurrió algo más esa noche. Algo por lo cual puedo tener razones para culparte pero que nunca olvidaré. ¿No lo comprendes? ¿No comprendes lo que me hiciste al tirarme al suelo y mantenerme allí inmovilizada hasta que comprendí que no podía defenderme?

—¡Dios mío, Kendra! ¡No me culpes por eso! ¡No puedes!

—Estoy de acuerdo. No puedo. Yo te ataqué y tú te defendiste. Estabas en tu derecho. Pero al hacerlo destruiste algo que había estado construyendo durante dos años. Aniquilaste la confianza que tenía en mí misma. He trabajado mucho para eliminar el miedo en el cual había estado viviendo. Me hiciste ver lo débil que soy. No esperes que te lo agradezca, George.

—¡Maldición, Kendra! ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Tarde o temprano hubieras tenido problemas serios. Tenías demasiada confianza en ti misma. Tuviste suerte con Phelps, pero podía haberse vuelto contra ti muy fácilmente. Incluso conmigo casi llegas demasiado lejos. Lo último que deseaba era hacerte daño, pero estuve a punto de hacerlo. Fuiste tan arrogante. Podías haber estado desafiando a un hombre a quien no le importara la forma de desquitarse. ¿Qué hubiera sucedido entonces? ¡Hubieras sido golpeada y violada!

A Kendra le sorprendió su desesperación. ¿Por qué le importaba tanto?

—Sé que deseas que recuerde que me rendí por voluntad propia, George. Pero yo no pienso de ese modo. Ese recuerdo siempre estará unido a la destrucción de la barrera que creé a mi alrededor y que había tardado dos años en construir. Cada vez que piense en ti, recordaré que fuiste el que me enseñó que sólo había creado una ilusión. ¿Esperas que olvide lo que me hiciste?

Capítulo 7

Kendra creyó que la expresión de George era de dolor, pero desechó la idea por parecerle absurda.

—Aparentemente has olvidado que estuviste a punto de salir malparada en nuestro último encuentro. Es evidente que piensas restablecer tus relaciones normales con los hombres.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kendra.

—¡Estoy hablando de Norris Webb, maldita sea! Le traías aquí esta noche, ¿lo recuerdas? ¿Estabas ansiosa por mostrarle lo que has aprendido últimamente?

—No digas tonterías. Norris ha venido muchas veces aquí después de cenar fuera. Somos socios, no amantes. De todos modos seguramente no habrá diferencia para ti —exclamó.

—Hay una diferencia muy grande. Tú y yo somos amantes, y sé que puede parecerte anticuado, pero no tengo intención de compartirte con tu socio.

—El hecho de haber pasado una noche juntos no nos convierte en amantes.

—¿Y dos noches?

Antes de que Kendra pudiera responder, George la abrazó.

—¡Basta, George, por favor!

—No. He venido a San Francisco para hablar contigo, pero ya que una conversación racional es imposible intentaré otro medio de comunicación.

—¡Eres un presumido, un… arrogante! —exclamó Kendra mientras le veía acercarse.

Sus labios se posaron sobre los de ella antes de que siguiera acusándole. El beso no fue como las caricias suaves e incitantes que había conocido en Lake Tahoe. Él quería que se rindiera lo antes posible. Kendra trató de resistirse, pero sabía que era inútil. Él la sujetó con fuerza, impidiéndole todo movimiento. Mientras George la besaba apasionadamente, volvió a recordar aquella noche en Lake Tahoe.

—Sé qué crees que no soy lo suficientemente bueno para ti, soy consciente de que me has colocado en los ambientes más bajos por la forma en que me gano la vida. Y ahora me odias porque te hago ver la realidad. Pero nada de eso va a impedir que vuelvas a derretirte en mis brazos como lo hiciste la otra noche.

—No, maldición. Yo no…

No pudo continuar ya que él la besó hasta que ella gimió y tembló de placer.

—¿Realmente pensaste que te permitiría alejarte de mí tan fácilmente?

—¿Qué quieres de mí?

Kendra tenía los ojos cerrados, como si no mirándole pudiera imaginar que no existía.

—Muchas cosas, Kendra. Una gran cantidad de cosas.

Kendra abrió los ojos cuando él la cogió en brazos.

—Esto no hará que cambie nada, George. ¡No voy a tener un romance contigo!

—Ya lo tienes —murmuró él mientras se dirigía hacia el pasillo.

No era difícil encontrar el dormitorio en el pequeño apartamento. Kendra se sintió molesta cuando él abrió la puerta con el pie.

—Realmente te gusta lo mejor, ¿no es así? —dijo divertido mientras la dejaba suavemente sobre la cama—. No te preocupes, cariño. Puedo proporcionártelo.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Kendra sentándose en la cama.

—Si no fuera un poco temerario algunas veces, es probable, que no estuviera aquí esta noche —respondió George con una sonrisa irónica y amenazante.

Ella trató de levantarse, pero él fue mucho más rápido. Se sentó a su lado y la sujetó mientras se quitaba los zapatos.

—George, si tienes alguna consideración por mí…

—¡Oh, claro que la tengo! —juró jocosamente a la vez que se

desabrochaba la camisa.

—Entonces ten la amabilidad de recordar que no he mantenido una relación seria durante dos años. Exceptuando la otra noche no he… no he estado con nadie. No estoy preparada, por amor de Dios.

—¿Crees que no he pensado en eso? —la tranquilizó con suavidad —. En realidad ya existe la posibilidad de que estés embarazada.

Kendra tragó saliva y se tapó la cara con las manos. La idea de volver a esperar, deseando no estar embarazada le produjo un escalofrío. Había tenido suerte hacía dos años, pero tal vez no la tuviera ahora.

—Bueno, cariño, está bien. Lo que ocurrió la otra noche ya ha pasado. Hoy tomaré precauciones.

—Gracias —dijo Kendra—. ¿Y qué ocurrirá si ya es demasiado tarde?

—Entonces, cuidaré de ti.

Kendra estaba tan aturdida por sus frías palabras que no pudo preguntarle si se refería a que pagaría los gastos ocasionados en su aborto. Permaneció muy quieta entre sus brazos, luchando por no excitarse, como le había sucedido durante los últimos dos años. Pero George había destruido esa barrera e intentaba recordárselo.

—Esta vez no vas a escapar después de que hagamos el amor —dijo George mientras le desabrochaba el vestido—. Esta vez estamos en tu territorio, así que no tienes hacia dónde correr.

—Eso no hará que mi actitud hacia ti sea diferente.

—Podrás seguir enfadada conmigo, pero no serás capaz de negar lo que es evidente. ¡Tienes que admitir que me deseas!

—Maldito… —Pero no pudo continuar ya que comenzó a estremecerse con sus caricias.

—¿Creíste que una noche contigo sería suficiente para mí? —dijo George mientras miraba su cuerpo desnudo.

—No debimos pasar juntos aquella noche.

—Abrázame y vuelve a decirlo —la desafió.

Ella vaciló un instante y luego le rodeó con sus brazos. Sabía que era lo que realmente deseaba. Nunca podría negar la atracción que le producía ese hombre. La había sentido desde el momento en que le vio en el casino.

Él comenzó a acariciar su cuerpo y Kendra gimió de placer.

—¿Pensaste que permitiría que otro hombre tuviera esto después

de haberte hecho mía?

Kendra no dijo nada. Su cuerpo y su mente anhelaban volver a rendirse al éxtasis que había conocido con ese hombre.

—George… George —susurró y le abrazó.

Acarició a George mientras se dejaba llevar por la corriente del deseo.

Entonces él se apartó de ella susurrando suavemente:

—Pronto cariño, muy pronto. Tú haces que pierda el juicio, ¿lo sabías?

Le oyó desnudarse y un momento después estuvo a su lado. Las manos de George buscaron la horquilla que mantenía recogido el pelo de Kendra. Cuando la encontró, se la quitó dejándole el pelo suelto. Entonces Kendra sintió su cuerpo ardiente y apasionado sobre ella.

—¡Oh Dios, Kendra!

Perdieron la noción del tiempo. Kendra sólo era consciente del goce profundo y primitivo de rendirse a un hombre que comprendía la verdadera naturaleza del deseo que había engendrado.

Kendra había dicho que para un hombre, el sexo era únicamente diversión. Pero se había equivocado, al menos con George. Lo que estaban viviendo no podía ser considerado sólo una diversión. Era un acto de comunicación, algo que ella no sabía que existía antes de conocer a Garrett.

Y en medio de la pasión, George no podía ocultar su deseo. Si él hubiese sido afectado en menor grado que ella por las sensaciones que estaba viviendo, ella no hubiese podido dejar de notarlo. La emoción era tan intensa que la capturaba por completo. Se abrazaron, entregándose a las caricias que los llevaba hacia la cima del placer. George la abrazó con fuerza y le acarició hasta que Kendra le rogó que pusiese fin al deseo que la consumía.

—¡Oh, por favor! ¡Por favor!

—Dime cuánto me deseas. Puedo sentirlo, pero necesito oírte decirlo.

—¡Te deseo! ¡Te deseo tanto!

—Júrame que no habrá nadie más —continuó inexorablemente.

—No hay nadie más. Tú lo sabes, George. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Mientras estemos juntos, quiero derechos exclusivos. Si pensara que otro hombre te tiene de este modo no podría soportarlo.

Ella no respondió. No podía. Ni siquiera comprendía a qué se refería. ¿Cuánto tiempo pretendía ser su amante? ¿Realmente pensaba que podía existir algún otro? Contuvo el aliento al sentir que él la llevaba al éxtasis final. Se agarraron salvajemente mientras se entregaban a la estremecedora culminación de su pasión.

Kendra se alejó de la realidad. Mucho tiempo después se dio cuenta de que él le estaba acariciando el pelo y la frente. Se acurrucó junto a él.

—Oh no, no lo harás. No te dormirás esta vez. Ya aprendí la lección. Esta vez hablaremos primero.

Kendra bostezó y le ignoró hasta que él la zarandeó suavemente.

—Estoy hablando en serio, cariño. Tendremos que tratar algunas cosas tú y yo.

—¿Cómo cuáles? —murmuró Kendra sin ningún interés, acariciándole el pecho.

—Basta. Me haces cosquillas.

—Es probable que lo merezcas.

Se encogió de hombros y volvió a cerrar los ojos.

—Vamos, ya veo que es inútil.

—¿Adónde vamos? —protestó mientras él la levantaba y la obligaba a ponerse de pie a su lado.

—Nos ducharemos. De ese modo te despertarás y estarás en condiciones de mantener una conversación seria.

—No deseo ducharme ahora. Es tarde.

—Ni siquiera es medianoche.

—Suelo estar profundamente dormida a esa hora.

—Bueno, yo no. Me parece que uno de los dos tendrá que adaptarse a los horarios del otro.

Le sonrió mientras encendía la luz del baño y miraba a su alrededor.

—¡Dios mío, aquí también! Eres tan obsesiva como yo cuando se trata de decoración. Veo que te encanta el estilo Luis XV.

—¿Qué tiene de malo mi cuarto de baño? —preguntó observando las paredes alicatadas en negro y dorado.

—Nada, siempre que las cañerías no tengan doscientos años también.

—Pues yo pienso que las cañerías de doscientos años de antigüedad son mejores que las que encontrarás en tu isla tropical

cuando finalmente llegues allí.

—¿Cómo sabes que pensaba ir?

Él corrió la cortina de la bañera y la miró.

—Ven, ponte este gorro de baño o pasaremos toda la noche secándote el pelo.

Kendra suspiró y obedeció. Cuando la ducha la despertó del todo, comprendió que no era la única que estaba bajo el agua.

—George —dijo de pronto al alzar la cabeza y notar que se había quitado el parche—. ¿Qué te pasó en el ojo?

—Son los resultados de una pelea con navaja en Singapur —le dijo mientras alzaba el rostro hacia el agua.

—¿Qué… qué le ocurrió a tu contrincante?

—No preguntes. Ocurrió hace mucho tiempo.

—Pensé que querías que charláramos.

—Eso haremos. Pero hablaremos del presente, no del pasado.

Sus manos recorrieron lentamente el cuerpo de Kendra. Él se había convertido en su amante. Y ella no podía hacer nada al respecto.

A pesar de su evidente placer al bañarla, George no hizo ningún intento por llevarla otra vez a la cama. En lugar de ello la ayudó a aclararse y a secarse. Al rato la soltó y Kendra se dirigió al dormitorio y se vistió. Cuando él salió, la encontró vestida y con el pelo suelto y cepillado.

—Conviene que vayas a hacer café o no podremos hablar mucho después de todo.

Unos minutos después, George entró en la cocina sin camisa. Descalzo, con el pelo brillante y el pecho todavía algo húmedo, tenía un aspecto que hizo que Kendra se estremeciera.

—¿Leche con magdalenas? —sonrió escépticamente al ver la bandeja que ella había preparado.

—Las compré para Jason —le dijo mientras la llevaba hacia el comedor.

—¿Quién es Jason?

Ella le observó durante un segundo.

—Se parece a ti. Pero tiene los ojos verdes, el pelo negro y…

—No te he pedido que me lo describas. Simplemente te he preguntado quién era.

—Es el hijo de Donna. Y tiene cinco años.

—Hmmm. Todo esto me parece excesivo para Jason. Pero hablar

de él nos lleva a otro tema. ¿Hasta qué punto estás relacionada con Donna y sus problemas?

Kendra se encogió de hombros.

—Ella me buscó cuando decidió comenzar los trámites de divorcio. Quería permanecer fuera del alcance de Radburn hasta que todo hubiese acabado. He estado manteniendo su domicilio en secreto.

—¿A Radburn?

—Y a la madre de Donna.

—¿A su madre?

—Sí. Ella no quiere que se divorcie. Y Radburn, por supuesto, alienta esa actitud. Quiere detener a Donna hasta que tenga su herencia.

—Supongo que la presencia de Jason complica las cosas. Un hombre tiene derechos sobre su hijo…

—El padre de Jason murió. Fue asesinado poco después de que Jason naciera —dijo Kendra en voz baja.

—¿Es el segundo matrimonio de Donna?

—Sí.

—Pobrecilla. Primero viuda y ahora un divorcio.

Kendra no dijo nada. Los hombres solían tener una actitud protectora hacia Donna. No le sorprendería que incluso un hombre como George se sintiese de ese modo.

—¿Así que Donna teme que Austin secuestre al niño y le mantenga en su poder hasta que obtenga el dinero?

—De eso se trata. Ella piensa que una vez que obtenga su herencia podrá escapar de su alcance.

—No sé.

—Yo también tengo mis dudas al respecto. Por lo que sé de Austin Radburn, suele ser muy tenaz.

George la observó un momento.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho. Sólo que es propietario de una gran empresa naviera de Los Ángeles y que Donna se enamoró locamente de él. Durante algún tiempo la hizo feliz, al menos eso creo.

—No parecía muy feliz cuando estuvo en mi casino.

—No —dijo Kendra con suavidad—. Ésos fueron tiempos muy duros para ella. Estuvo a punto de… —vaciló, comprendiendo que no debía divulgar el secreto de su prima—. Estaba muy deprimida.

Cuando logró salir de ello decidió divorciarse.

—Lo que me preocupa es la clase de sujeto que Radburn mandó a sacarte información. ¿Por qué piensa que sabes dónde está su esposa?

—Donna y yo éramos muy amigas antes de que se casara con él —respondió Kendra sin alzar la vista del plato—. Él lo sabía.

—Pero este asunto lo debe resolver con su esposa. No me gusta que tengas que ver en eso.

—¿Cómo podía negarme cuando me pidió ayuda?

—Lo sé, lo sé. Veré qué puedo hacer por la mañana.

—¿Harás qué? —exclamó Kendra sobresaltada—. Esto no te concierne, George.

—Claro que me concierne, déjame esto a mí.

—¡Ni se te ocurra!

—Hace unos minutos eras suave y delicada y ahora te estás volviendo agresiva. Tal vez no debí haberte obligado a despertarte —dijo en broma.

—Estoy hablando en serio, George. No quiero que te metas en esto.

—Cambiemos de tema —sugirió él—. ¿Quieres que te lea un cuento antes de dormir?

—¡Por favor, George!

—No te asustes, cariño. No tienes por qué preocuparte. Yo me ocuparé de todo.

Recogió los vasos y los platos, los dejó en la bandeja y se puso de pie para llevarla a la cocina.

Kendra le observó, estaba aterrada. ¿Qué había hecho al permitirle entrar en su vida? ¿Pero cómo podía mantenerle fuera de ella?

Cuando él entró en la cocina, ella se puso de pie y le siguió. Permaneció en la puerta mientras él metía los platos en el fregadero.

—George, quiero que me des tu palabra de que no harás nada… nada…

Él alzó la vista.

—¿Nada de qué? ¿Nada… ilegal? ¿Eso es lo que te preocupa?

—¡Francamente sí!

—Te he asustado, ¿no es así?

Se acercó a ella antes de que pudiera responder. La abrazó y le acarició el pelo.

—No te preocupes, cariño. Por favor, no te preocupes.

—Estoy preocupada, George. No debiste haber venido aquí. ¡Nunca

debiste haberlo hecho!

—No digas eso, Kendra. No después de lo que acabamos de compartir.

—Es lo único en lo que puedes pensar. Debo estar loca para permanecer aquí tratando de hablar contigo. ¿Por qué no vuelves a tu casino con tus amigos? Por favor no me hagas entrar en tu mundo. Me asusta.

—¿No puedes confiar en mí, Kendra?

—No. No puedo. Necesitaré mucho tiempo para recuperarme de lo que me hiciste en Lake Tahoe. ¡No te permitiré que me hagas más daño!

—Kendra…

—Por favor vete. Ya obtuviste lo que habías venido a buscar.

Él dio un paso adelante y se detuvo al ver que ella retrocedía. Le dirigió una mirada de dolor, pero Kendra no permitió que influyera en ella. Pensó que él iba a decir algo, pero George apretó los dientes y se dirigió al dormitorio.

Ella esperó sin saber qué sucedería después. Él apareció al rato completamente vestido.

—Buenas noches, Kendra —le dijo y le besó con frialdad en la boca —. Te llamaré mañana.

—Tú no sabes…

—¿Dónde trabajas? —concluyó violentamente—. Sí lo sé. Sé muchas cosas de ti.

—Espera, George. ¿Adónde vas? ¿Qué piensas hacer?

—Me voy a un hotel ya que tengo la impresión de que mi presencia no te es grata. En cuanto a lo que pienso hacer, aún no lo he decidido. Wolf se ocupa de todo en el casino, así que tengo tiempo para pensar qué hacer. No te preocupes, serás la primera en enterarte cuando lo decida.

Capítulo 8

Al día siguiente, el teléfono de la oficina sonó cuando ya Kendra y Norris habían despedido a los Richardson. Kendra se había vuelto hacia su socio para felicitarle en el momento en que Tina, la secretaria, le pasó la llamada.

—¡George! —exclamó mientras Norris salía de la oficina.

Le dio un vuelco el corazón al oír la voz de George.

—Buenos días, cariño. Te llamo por varias razones…

—Si son para disculparte y asegurarme que te mantendrás alejado de mis problemas personales, estaré encantada de escucharte.

Hubo una pausa.

—Pareces algo molesta esta mañana. ¿Estás enfadada porque anoche me fui?

Kendra miró al techo y se preguntó la razón de que de pronto se sintiera tan alegre.

—¿Cuáles son las razones de tu llamada, George? —dijo con exagerada paciencia—. ¿Y cómo has descubierto dónde trabajo?

—A través del empleado al cual le compraste tu pasaje de regreso en Lake Tahoe.

—Se supone que esa gente no da información personal.

—Lo sé.

Kendra pensó en que tal vez habría sobornado, intimidado o comprado a aquel hombre.

—Volvamos a las razones de tu llamada —dijo finalmente.

—Muy bien. La primera es que olvidé pedirte el teléfono de Donna antes de irme.

—No digas tonterías.

—Vamos, cariño. Dámelo. Te dije que hoy iba a ocuparme de su situación.

—No voy a darte ese número ni a ti, ni a Austin Radburn, ni a Gilbert Phelps ni a ningún otro que lo pida.

—Kendra…

—Llamaré a Donna. Si ella desea hablar contigo le daré tu número.

—No. Creo que es demasiado tímida como para tomar la iniciativa.

—¿Por qué? ¿Lo dices por la deuda de juego?

—Sí. Dame el número, cariño. No quiero perder el tiempo discutiendo.

—No.

Se mordió el labio mientras pensaba qué haría después.

—¿Estás decidida a dificultar las cosas? Muy bien, si lo quieres de ese modo. Lo conseguiré por mí mismo.

—¿Cómo lo harás?

—Estoy seguro de que está escrito en alguna parte cerca del teléfono de tu casa.

—Lo esconderé en cuanto llegue esta noche.

—Demasiado tarde. Me habré ido mucho antes de eso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kendra—. La puerta está cerrada y la señora Colter no tiene llave.

—No necesito la llave —replicó él con calma.

—¿Estás insinuando que vas a echar la puerta abajo para entrar?

—No echaré la puerta abajo, no te enfades.

—George, si cuando llegue a casa esta noche descubro que has entrado, yo…

—Cálmate, cariño. Ya que estás convencida de que soy un criminal, por lo menos confía en que hago bien mi trabajo. Te prometo que estará hecho de forma profesional. No podrás encontrar ninguna evidencia. Ni siquiera sabrás si he estado allí. ¡Espera un minuto! —gritó, creyendo que ella estaba a punto de colgar—. Hay una segunda razón para esta llamada.

—Si se parece a la primera creo que haré todo lo posible por que te arresten.

—Sigues tratando de convencerme de que rompí la barrera que habías construido a tu alrededor esa noche en Lake Tahoe —se lamentó—. ¿Dónde está ese miedo a los hombres que dices que he

hecho renacer en ti?

—¿Deseas que te tenga miedo?

—Bueno, miedo tal vez no. Pero un poco de respeto estaría bien. La segunda razón de mi llamada tiene que ver con la cena de esta noche.

Kendra sabía que debía negarse pero no podía decir nada.

—Pasaré a recogerte a las seis y media. Que tengas un buen día, cariño.

Kendra permaneció con la vista fija en el teléfono. No quería que se notara su alegría por la llamada. Jamás se había sentido de este modo por un hombre.

«Si fuesen otras las circunstancias», se dijo con tristeza. «Si George Garrett fuese un hombre diferente, un comerciante de San Francisco o un abogado… Si no le hubiese mostrado lo débil que soy en realidad. Si no fuese quien es».

Por alguna razón, esto la hizo pensar en su amor por las islas tropicales. ¿Cómo habría llegado allí? ¿Soñaría con volver algún día? Tal vez se retiraría con la fortuna que debía estar haciendo en el casino.

Marcó el número de Donna.

—¿George Garrett está tratando de llamarme?

—¡Oh, no! No se lo permitas, Kendra. No me atrevo a enfrentarme a él. Estoy tan avergonzada.

—¿Avergonzada? Pero Donna, no hay razón para estar avergonzada. Mucha gente contrae deudas de juego, y tú ya estás pagando la tuya.

—Tú no comprendes —dijo Donna.

—Entonces explícamelo.

Hubo un silencio, finalmente Donna dijo con calma:

—Le ofrecí pagar mi deuda poco después de haber perdido todo mi dinero.

—¿Cómo?

—¿Cómo crees? —gimió Donna—. Le ofrecí acostarme con él a cambio del dinero. Él se negó. Me sentí muy humillada por haber hecho esa oferta.

—Ya veo.

A Kendra no se le ocurrió otra cosa que decir. Comprendió que debía consolarla de algún modo.

—De todos modos está bien, Donna. Él parece comprender que sientas vergüenza de enfrentarte con él. Dice que desea ayudarte. El problema es que su ayuda podría causar una situación mucho más seria de la que ya tienes.

—¿Por qué? —preguntó Donna con verdadera curiosidad.

—¡Donna! ¿Qué sabemos de él? Él es propietario de un casino. Tiene un pasado algo misterioso, y deberías conocer a algunos de sus empleados. Uno de ellos se llama Wolf y es el que se ocupó del pobre Gilbert Phelps. Aún no sé lo que le ocurrió a ese hombre.

—Me gustaría que alguien hiciera desaparecer a Austin.

—Oh Dios mío, Donna. No sabes lo que estás diciendo.

—Cálmate. Parece que no te gusta Garrett.

—Escúchame, Donna. Voy a desentenderme de todo este lío si no te comportas con normalidad.

—¡Jason! Deja eso —gritó Donna en ese momento—. Debo irme. Veamos qué ocurre con George. Tal vez no sería mala idea hablar con él.

Por segunda vez, Kendra colgó sintiéndose desconcertada. Tenía la sensación de estar inmersa en una situación que escapaba de sus manos.

Cuando esa noche George llegó a la puerta del apartamento de Kendra, ésta le recibió con poca amabilidad.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —preguntó mientras observaba a Kendra que llevaba una túnica de color granate.

George vestía un traje oscuro como de costumbre, y una camisa blanca.

—¿Has entrado aquí hoy?

—¿Has encontrado algo desordenado? ¿Hay alguna evidencia de que alguien haya entrado?

—Lo has hecho, ¿no es verdad? ¿Has llamado a Donna?

—Hablaremos de ello luego —dijo mientras la ayudaba a ponerse el abrigo de visón.

Acarició la piel y añadió en un tono completamente diferente:

—Tengo que preguntarte algo, cariño. Y es probable que te ponga furiosa.

—¿Qué deseas saber?

—Si no has tenido una relación seria con nadie durante los últimos

dos años, ¿quién ha podido pagar todo esto?

Señaló los pendientes de diamantes que llevaba puestos, su abrigo y todo el mobiliario.

—Yo —afirmó con orgullo—. He comprado todo esto con el dinero que he ganado en la oficina. Y tenías razón. Estoy furiosa.

—Tenía que estar seguro…

Kendra pudo ver la expresión de alivio que se reflejaba en su mirada. La pasión con que la besó disipó su enfado. Antes de que pudiera recobrar la voz, George la cogió de la mano y la condujo hacia la puerta.

—Te diré algo respecto a las mujeres de San Francisco —dijo él media hora después, cuando estuvieron sentados en un restaurante de la costa—. ¡Sabéis comer y vestir bien!

—Tenemos buen gusto —dijo Kendra mientras observaba la bahía de San Francisco.

Kendra volvió la cabeza y le miró.

—Me sorprende que conozcas algunos de nuestros mejores lugares —admitió refiriéndose al restaurante.

—He hecho trampas —confesó George con una sonrisa—. Conozco al dueño.

—Ah.

Kendra bebió un poco de vino y le dirigió una mirada de curiosidad.

—No lo digas —rogó George.

—¿Sería una indiscreción preguntarte cuál es tu relación con el dueño de este restaurante? Estoy segura de que es enteramente profesional.

—¿Podríamos hablar de otra cosa esta noche? —preguntó George con seriedad.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo de nosotros. Te deseo, Kendra. Te he deseado desde el momento en que te vi. Quiero que vengas a vivir conmigo.

Kendra le observó sin hablar. No comprendía lo que implicaba lo que estaba diciendo, pero sabía que toda su vida podía trastocarse.

—Lo tienes todo. Una bonita casa, ropa buena, joyas y una carrera excelente. Y a mí me gustaría mucho alejarte de todo ello.

—¿Para llevarme adonde, George? ¿A un casino?

—No, a una isla. A una isla tropical.

—¿Tu isla de fantasía?

—He comprado un hotel allí, Kendra. Y no tiene casino. Es un lugar pequeño, pero precioso. Toda la isla parece un sueño: altas palmeras, aguas cristalinas, playas maravillosas, gente encantadora y suficientes turistas adinerados como para que el hotel sea un buen negocio. ¿Quieres venir a comprobarlo conmigo, Kendra?

—George, no… no sé qué decir. Estoy aturdida. No tenía idea…

Se detuvo confundida. Su sentido común decía que debía negarse. Nunca antes la habían invitado a compartir un sueño. Y jamás hubiera imaginado que lo hiciera un hombre como George.

Él se inclinó hacia adelante y le cogió la mano.

—Cálmate, cariño. Deja de buscar una forma amable de decir que no. De todos modos no la aceptaría. Volveremos sobre el tema en otro momento. Sólo quería que supieras lo que deseo.

—Si lo que querías era tener un hotel en una isla, ¿por qué compraste un casino en Nevada?

—Lo heredé hace años.

—¿Te lo dejó un pariente?

—No, un amigo. Alguien para quien trabajé y al cual hice un favor.

—¡Debe haber sido un gran favor!

—Le salvé la vida hace mucho tiempo. Le caí bien y me dio trabajo. Creo que empezó a considerarme el hijo que nunca tuvo. Él se convirtió en un padre para mí, ya que los míos murieron cuando yo era muy pequeño. Fue todo un hombre. Te hablaré de él algún día.

—¿Pero no esta noche? —preguntó Kendra.

—No, hoy no. Tú le hubieras agradado. Le gustaba la gente que tiene coraje.

—¿Crees que tengo coraje?

—Sé que la otra noche estuve a punto de acabar con la confianza que tenías en ti misma, pero te sobrepondrás. No afectó en nada a tu coraje. Estoy seguro de ello. También sé que te has rodeado de tu propia fantasía. ¿De dónde proviene ese gusto tuyo por los muebles del siglo dieciocho? ¿Cómo se combina eso con tu entrenamiento en autodefensa? ¿Y dónde aprendiste a encerrarte en ti misma como lo hiciste al pensar que iba a hacerte daño? Me asustaste realmente. Sentía que te alejabas…

Kendra le observó durante un momento. Deseaba hablar con él, pero al mismo tiempo se resistía a ceder a la tentación. Finalmente no

pudo contenerse.

—Hace mucho que estoy sola. Mis padres murieron en un accidente automovilístico cuando yo aún iba al colegio. Viví con la familia de Donna hasta que comencé la universidad. Aunque Donna y yo crecimos juntas siempre me sentí como una invitada en la casa de sus padres. En algún momento descubrí que sólo podía depender de mí misma. Supongo que eso nos ocurre a todos tarde o temprano. Todo lo que deseara tendría que esforzarme por conseguirlo.

George asintió con la cabeza.

—Me pareció que no había ninguna razón para no llenar mi vida con las cosas que me gustaban. Descubrí que deseaba volver a una casa que me hiciera creer que vivía en otra época. Me gusta la sensación de usar ropa buena y tener un trabajo independiente.

—Así que simplemente hiciste lo que deseabas con tu vida. ¿No comprendes cuánto coraje se necesita para ello? ¡Eres sorprendente!

Kendra se quedó asombrada. Nunca lo había considerado sorprendente.

—Lo que ocurrió hace dos años no logró destruirte como tú has creído. Una de las cosas que deseabas de la vida era poder vivirla sin miedo, así que aprendiste cómo no ser una víctima.

—La gente diría que perdí algo importante en el proceso…

—¿Te refieres a tu capacidad para tener una relación amorosa normal? No, no la perdiste. La ocultaste durante algún tiempo, tal vez esperando que llegara el hombre indicado.

Kendra hubiera dado cualquier cosa por borrar esa expresión de arrogancia del rostro de George, pero no sabía cómo hacerlo.

—Estamos hechos el uno para el otro, Kendra. Nos comprendemos a un nivel muy profundo. Tenemos mucho en común, aunque no sea obvio en la superficie. Nuestros puntos de vista sobre la vida son casi idénticos. Hemos pasado mucho tiempo solos. Juntos podríamos hacer cualquier cosa que deseáramos.

Kendra no respondió. Recordó la extraña sensación que había experimentado la primera vez que le vio. ¿Habría sido eso? ¿El presentimiento de haber encontrado una persona semejante a ella? Era algo demasiado fantástico como para creerlo.

George bailó con ella después de cenar. La abrazó con ternura, comunicándole cuánto la deseaba. Kendra dejó que él tomara la iniciativa. Le sorprendía que un hombre como él fuese tan suave y

apasionado.

Más tarde pasearon por el bullicioso muelle de los pescadores. La gente se reunía alrededor de las tiendas, los puestos y los enormes montones de cangrejos listos para ser cocidos.

—Me recuerda a algunos lugares del Lejano Oriente. Aunque esto es mucho más seguro.

Kendra recordó la pelea con navajas ocurrida en Singapur, donde él había perdido su ojo izquierdo y se estremeció.

Cuando George la llevó al apartamento en su Porsche negro y plateado, Kendra se preparó para darle las buenas noches. Necesitaba tiempo para pensar.

Pero como si hubiera sabido exactamente lo que ella estaba pensando, George actuó con rapidez. Cuando Kendra se volvió ya era demasiado tarde. Él la empujó suavemente y cerró la puerta antes de que ella dijera nada.

—Lo sé, lo sé —dijo George mientras la ayudaba a quitarse el abrigo—. Si fuera un caballero, hubiera esperado una invitación. Pero no tengo deseos de discutir esta noche, cariño. Te deseo tanto…

—George, necesito tiempo para pensar…

Sabía que lo que dijera no serviría de nada.

«George me atrae cada vez más», pensó mientras él la abrazaba y le soltaba el pelo.

George no respondió. La abrazó con fuerza. Kendra comprendió que era incapaz de detener su propia respuesta.

Sintió que las manos de George temblaban de deseo al ponerse sobre sus senos y Kendra sintió un gemido mientras tocaba su pecho desnudo.

—Tendrás que vivir conmigo en mi isla, Kendra —dijo George, dejándola sobre la alfombra y acostándose a su lado—. ¡Ya no puedo estar sin ti!

—Oh, George…

Él le dio un beso que se fue haciendo más exigente y excitante. Al rato, Kendra se olvidó de todo y se dejó llevar por aquellos agradables momentos.

—Apaga este fuego que has encendido…

Kendra fue hacia él y le acarició con suavidad. Su placer le resultaba embriagante y estaba segura de que jamás podría hacer el amor de este modo con otro hombre. Sola con él sobre la alfombra,

era sencillo creer que George era lo único que le faltaba en su vida.

Él la abrazó con fuerza mientras el deseo llegaba a su cenit. Kendra oyó el gemido de placer en el mismo instante en que ella misma sentía una pequeña convulsión. Se agarraron el uno al otro mientras flotaban en un mundo que sólo les pertenecía a ellos dos.

Mucho más tarde, cuando Kendra estaba a punto de dormirse en brazos de George, le oyó moverse y bostezar.

—Casi se me ha olvidado decirte que mañana por la noche cenaremos con Donna y con su hijo en el barrio chino. Creo que ya tengo todo resuelto.

—Encontraste su número y la llamaste, ¿verdad?

—Sí.

Ella no dijo nada mientras George se dormía a su lado. Pensó en su prima y en que los hombres siempre deseaban protegerla. Permaneció un buen rato despierta reflexionando sobre ello.

Kendra seguía pensando en ello la noche siguiente, mientras iba con George por la avenida Grant. Los turistas recorrían las tiendas abarrotadas de productos exóticos en las que podían verse desde muebles orientales hasta las más bonitas cometas.

Las calles estaban iluminadas por faroles y los edificios eran de aspecto oriental. Aquella comunidad china estaba compuesta por más de treinta y seis mil personas.

—Le dije a Donna que cogiera un taxi para venir aquí. Ella y Jason ya deberán haber llegado —comentó George mientras la conducía a un restaurante situado en el segundo piso de un edificio.

—George, quisiera que me dijeras cuáles son tus planes —le pidió Kendra.

—Lo haré. Mientras cenamos. ¡Ahá! Ése debe ser Jason.

Kendra alzó la vista y descubrió a Donna, que los estaba esperando en el pequeño restaurante. Jason saltaba con impaciencia a su lado, pero se detuvo fascinado para observar el parche negro de George. Éste le sonrió y el niño se convirtió en su admirador al instante.

Jason corrió para observar de cerca a su nuevo héroe. Dona sonrió tristemente cuando el niño preguntó con gran interés:

—¿Tú eres el que nos llevará a mamá y a mí a Lake Tahoe?

Kendra observó a su prima con expresión confundida y George se agachó para acariciar el pelo de Jason.

—¿Te gustaría eso? —le preguntó.

La alegría del niño era evidente.

—¿Podré jugar en la nieve? ¡Nunca he visto nieve!

—Claro que sí.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Kendra mientras observaba a George y a Donna con ansiedad.

—Vayamos a cenar —dijo George poniéndose de pie—. Te lo explicaré todo mientras cenamos. Me muero de hambre.

Media hora después, Donna alzó la vista de su plato y sonrió a su prima.

—Como verás, Kendra, este plan de George resolverá todo muy bien. Hará que Jason y yo no te molestemos más y se supone que Austin no sentirá tanto entusiasmo por buscarnos cuando sepa que tenemos amigos —explicó con dificultad, mirando a George.

—Quieres decir que George te protegerá —dijo Kendra mientras comía—. Al llegar llamarás a Austin y le harás saber que aún piensas divorciarte, pero que ya no eres una mujer indefensa, ¿no es así?

—Así es —dijo George—. ¿Alguna objeción? —añadió con tono desafiante.

Kendra suspiró y negó con la cabeza.

—La decisión es de Donna —dijo en voz baja.

—Cuando él sepa dónde estoy, no mandará a gente como Phelps detrás de ti —señaló con entusiasmo y de pronto se puso seria—. ¿O… o tenías la esperanza de que él fuera a buscarte en persona?

Kendra alzó la vista y miró a su prima con expresión de desagrado.

—No.

La tensión que había en el ambiente era evidente. Incluso Jason permaneció muy quieto. El pequeño observó a los mayores un momento y luego se puso a cenar.

—Lo siento, Kendra —se disculpó Donna—. No he querido decir…

—¿De qué se trata todo esto? —interrumpió George con curiosidad.

—No deseo hablar de ello.

George dirigió su fría mirada hacia Donna.

—Antes de que Kendra me presentara a Austin, ellos salían con frecuencia. Él venía a San Francisco a menudo.

—¡Por favor, Donna!

Donna siguió hablando, a pesar de las protestas de Kendra.

—Austin sólo tuvo que mirarme para que yo me enamorara de él.

Me sentía culpable por apartarle de Kendra, pero le amaba. O por lo menos eso era lo que yo creía. Luego descubrí que él sólo se había casado conmigo por la herencia. Necesitaba el dinero para pagar unas deudas. Le dije a Kendra que debería estar contenta por no haberse casado con él, pero algunas veces…

—¡Es suficiente! Hablaremos de ello luego —exclamó George.

Kendra se estremeció ante su violenta reacción. Tenía la necesidad de explicarlo todo, pero no sabía cómo.

Fue Jason quien hizo volver a la realidad a los tres adultos. Se chupó los dedos y cogió un trozo de tarta.

—Kendra ha estado enseñándome algunos trucos —le dijo a George—. ¿Tú sabes trucos?

—¿Qué clase de trucos?

—Para pegar a la gente —explicó Jason—. Como en la televisión —se volvió hacia Kendra—. ¿Me enseñarás otro cuando volvamos a casa esta noche?

—¿Por qué no le pides a George que te enseñe algunas llaves? —le dijo al niño—. Él sabe más que yo.

—¿Sí? ¿Más que Kendra?

George respiró profundamente. Apartó la mirada del rostro tenso de Kendra y se volvió hacia el niño.

—Conozco algunas —dijo lentamente—. Y he tenido un poco más de experiencia.

—¿Me las enseñarás? —pidió Jason excitado.

—Te las enseñaré todas esta noche.

—¡Yupiii!

—¿Qué te pasa Kendra? —preguntó George a la vez que el niño demostraba su alegría—. ¿No estás interesada también?

—Olvidas que ya me has enseñado algunos de tus trucos.

—Te enseñaré a contraatacar.

Primero enseñó a Jason una patada de kárate que fascinó al niño. Corrió por el apartamento de su madre, dando patadas a todo lo que encontraba a su paso. Cuando pasó junto a George le dio una patada en la espinilla. En ese momento, George estaba discutiendo algunos detalles del viaje a Lake Tahoe.

A pesar de su intranquilidad, Kendra sonrió al ver lo ocurrido. Jason gritó a la vez que le daba la patada. La maldición que profirió George hizo que Kendra se riera a carcajadas.

—Veo que es hora de pasar a la lección número dos —dijo George al pequeño, que le observaba con ojos traviesos.

—¿Cuál es? —preguntó Jason con ansiedad.

—Es la que te enseña a no usar lo que acabas de aprender de forma temeraria. Prueba esa patada otra vez.

Jason corrió encantado y de pronto se encontró colgando cabeza abajo mientras George le sujetaba por un tobillo y terminaba de hablar con Donna.

La lección de Kendra llegó cuando llegaron a su apartamento. George abrió la puerta Kendra estaba muy nerviosa. Se preguntaba cómo le contaría su relación con Austin. Al mismo tiempo pensaba que no le debía ninguna explicación a ese hombre. Pero esperaba que él la pidiese, sabiendo que le resultaría casi imposible negarse.

Sin embargo él no habló de Austin después de cerrar la Puerta.

La ayudó a quitarse el abrigo y luego la hizo darse la vuelta para mirarle.

—Respecto a tu lección… —comenzó con calma.

—No, no estoy de humor.

—Presta atención.

Un momento después, Kendra estaba tumbada en la alfombra, apresada bajo su cuerpo, igual que aquella noche en Lake Tahoe.

—¡George, por favor no…!

Estaba aterrada. ¿Le estaría demostrando su enfado por la relación entre ella y Austin?

Él ignoró su ruego y comenzó a darle instrucciones de forma breve y concisa. George no iba a hacerle daño. Kendra le escuchó mientras él le indicaba qué hacer para contraatacar.

Cuando la lección terminó, él se apartó de ella y permaneció tumbada con la vista fija en el techo.

—¿Le amas?

—No —dijo Kendra en voz baja.

Había hablado con sinceridad. George lo había notado y suspiró aliviado.

—Si supieras lo que he pasado esta noche después de que Donna lo mencionara. Me preguntaba si la estabas ayudando sólo para tener otra oportunidad con Radburn. Quiero que seas mía, Kendra. Debo ser el único hombre de tu vida.

La besó apasionadamente e impidió que Kendra dijera lo que

sentía.

Se había enamorado de ese hombre.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Kendra fue más tarde a la oficina para poder despedir a Donna y a su hijo. Jason saltaba de entusiasmo dentro del Porsche de George.

Su madre trataba infructuosamente de tranquilizarle. George estaba dentro del apartamento de Kendra recogiendo sus cosas. Donna aprovechó el momento para hablar con Kendra.

—Kendra no sabía que George y tú…

—No me pidas una explicación —dijo Kendra con expresión seria —. No la tengo. Nunca pretendí…

—¡Estoy encantada! —La interrumpió Donna—. ¡Dios mío! ¡Hace casi dos años que no muestras interés en ningún hombre! Sólo estoy un poco sorprendida de que hayas sucumbido tan rápidamente. Especialmente teniendo en cuenta lo que te has esforzado por ponerme sobre aviso de su pasado.

—Una advertencia a la cual no has prestado ninguna atención —suspiró Kendra.

Aún tenía sus dudas respecto a lo que Donna estaba haciendo. Estaba segura de que su prima obtendría la protección que deseaba, pero le asustaba pensar en las implicaciones derivadas del asunto.

—Confío en George. Admito que estaba un poco nerviosa ayer cuando me llamó, pero después de hablar unos minutos con él comprendí que sólo deseaba ayudarme. No entendía por qué se tomaba tantas molestias por alguien que le debe tanto dinero como yo, pero todo se aclaró para mí cuando le vi anoche contigo. Sabe utilizar su encanto cuando lo desea, ¿verdad?

—He estado en guardia desde que entré por primera vez en su casino —confesó Kendra—. Nunca pretendí gustarle y mucho menos que él me atrajera. ¡Y fíjate ahora!

—¿Aún te preocupa convertirte en la mujer de un rufián?

—¡Donna! No digas eso.

—Estaba hablando en broma.

—¡Hay momentos en que me siento aterrorizada!

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te pegue si te pasas de la raya?

—No, no es eso. ¿Pero qué sé de él, Donna?

—¿Qué necesitas saber? Yo sabía muchas cosas de Austin Radburn. Mi madre estaba emocionada cuando le dije que me iba a casar con Austin porque el apellido Radburn era para ella muy respetable. Aún se niega a creer que se casó conmigo sólo por mi herencia. No me escucha cuando trato de explicarle cómo nos trataba a Jason y a mí. Dice que soy egoísta e irracional. Tendrías que haber vivido con ese hombre para saber lo cruel que puede ser. Pero no puedo decir que no sabía nada respecto a él cuando me casé. Sabía a qué clubes había pertenecido, la historia de su familia, conocía a sus socios, su compañía naviera… Sabía todo. ¡Y mira para lo que me sirvió!

—Ya ha pasado, Donna. No pienses en ello. Estás actuando correctamente al ocuparte de tu propia vida.

—Ya era hora —dijo Donna mirando a Jason que jugaba con el volante—. Y se lo debo todo a mi hijo. Cuando desperté en el hospital, al día siguiente de haber tomado esas pastillas para dormir, pensé en Jason. Finalmente comprendí que no podía destruirme y dejarle solo. Él me necesitaba. Y lo primero que debía hacer era alejarle del alcance de Austin Radburn. Te hice un favor al apartarle de ti, Kendra. ¡Créeme!

Kendra se quedó pensativa. ¿Se hubiera casado con Radburn si las cosas hubieran sido diferentes?

—¿Todo listo?

Las palabras de George interrumpieron los pensamientos de Kendra. Miró hacia él y vio que se acercaba.

—Jason está impaciente por salir —dijo Kendra sonriendo cuando George llegó a su lado.

—Podrá esperar hasta que me haya despedido de ti, ¿no es verdad, Jason?

George metió sus cosas en el interior del vehículo y el niño gritó de

alegría mientras las cogía. Donna se volvió para mantener la navaja de afeitar fuera del alcance de Jason. George pasó su brazo por los hombros de Kendra.

Se alejó un poco del coche y permaneció un rato observando su rostro. Kendra trató de sonreír con naturalidad.

—Volveré dentro de un par de días. Cuando Donna y Jason estén acomodados vendré para que hagamos nuestros planes.

—¿Qué prisa tienes, George? —preguntó.

Tenía la sensación de que en dos días no le daría tiempo para pensar.

—No puedo esperar demasiado tiempo, cariño.

Kendra se ruborizó.

—No sabía que hubieras tenido que esperar demasiado —replicó.

George esbozó una sonrisa y frunció el ceño.

—El que me desees en la cama no es suficiente, cariño. Necesito una cierta seguridad. Busco un compromiso, Kendra. Y creo que tú lo sabes. Por eso pareces asustada esta mañana, ¿no es así?

—Si lo parezco, deberías sentirte culpable por haberlo causado —replicó con fuerza.

Él le acarició los hombros provocándole un leve estremecimiento.

—Me niego a sentirme culpable si el resultado final es que estarás conmigo.

Se rió con picardía mientras inclinaba la cabeza hacia ella. La besó con suavidad. Era un hombre que estaba triste porque se alejaba de su mujer, aunque sólo fuese un par de días.

A Kendra le faltaba el aliento cuando él la dejó para entrar en el Porsche.

—Muévete Jason —dijo George—. Tenemos un largo viaje por delante y debemos hacer aún algunas cosas antes de partir. Adiós Kendra. Cuídate. Llamaré a Austin en cuanto llegue para asegurarme de que mantiene a sus detectives privados lejos de ti.

—Gracias. Espero que todo salga como tú lo deseas, Donna…

—Oh, me siento mucho más tranquila teniendo cerca a un hombre que se hace cargo de nosotros —dijo Donna con sinceridad.

Kendra sabía que su prima decía la verdad. Donna se alegraba al saber que podía confiarse al cuidado de un hombre. Kendra siempre había tenido que cuidar de sí misma. Ella nunca podría depender de nadie.

—Adiós —susurró.

—Volveré —fue lo último que dijo George.

Kendra los observó perderse entre el tráfico. Sintió un cierto dolor al notar que parecían una familia.

Hacía mucho tiempo que no veía a Donna tan contenta. Su prima volvía a sentirse segura. Y Jason no podía estar más entusiasmado. No recordaba a su padre, y Austin sólo le había producido miedo. George Garrett era otro tipo de hombre, y al niño le gustaba.

Esa mañana Kendra se concentró en su trabajo. Dictó a Tina tal cantidad de cartas, que la mantendrían ocupada todo el día. Cuando Norris hizo un comentario respecto al hombre que la había estado esperando en el apartamento de la señora Colter, ella cambió de tema. Él comprendió que Kendra no quería hablar de ese tema.

A media tarde estaba exhausta, y la idea de tener que volver a salir esa noche no le apetecía en absoluto. Pero los negocios eran los negocios. Bebió otra taza de té y se preguntó si Donna y Jason habrían llegado a Tahoe.

Cuando ya por la noche volvió a su apartamento estaba sonando el teléfono. Lo cogió y supo quién era antes de que hablase.

—Son casi las once —comentó George con frialdad—. ¿Dónde has estado?

—Fuera —respondió con descaro, pensando en el largo día que él acababa de pasar con Donna.

Hubo un incómodo silencio hasta que ella habló de nuevo.

—He estado con Norris y algunos clientes.

—¿Está él ahí? —preguntó George con suavidad.

—¿Quién? ¿Norris? No, me tocaba a mí llevarle a su casa esta noche. Nos turnamos para conducir cuando tenemos cenas de negocios —le explicó con calma—. ¿Qué tal el viaje?

George vaciló y ella supo que no sabía si continuar hablando de sus citas de trabajo con Norris o no. Si seguía con George, tendría que hacerse a la idea de que era un amante muy celoso. Su instinto le decía que George Garrett tomaría todo o nada.

—El viaje fue bueno. Jason ya se ha ido a la cama. ¡Wolf tuvo mucho trabajo para mantenerle fuera del casino esta noche!

—¿Estaba emocionado con la nieve?

—Él sí. Wolf no.

—¿Wolf?

—¡Jason le pidió que le llevara en el trineo cuando llegamos!

—Me lo imagino. ¿Cómo lo tomó Wolf?

—Sorprendentemente bien. Fue él quien le acostó hace unos minutos. Estaba tan excitado que su madre no podía con él. Voy a instalarlos en un apartamento cercano. Wolf los vigilará.

—¿Ha llamado Donna a Radburn?

—Fue lo primero que hizo al llegar. Le dijo dónde estaba, a quién tendría que ver para llegar hasta ella y que tenía la intención de proseguir con el divorcio. Él sabe que ya no es una mujer débil. Creo que se mantendrá alejado de ella.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Kendra.

—Si viene por aquí, tendrá problemas. Si deja a Donna tranquila, podrá seguir su camino. Es igual para mí. Sólo quería que comprendiera que no le servirá de nada interrogarte mandando a sujetos como Phelps.

Kendra permaneció en silencio.

—¿Kendra?

—¿Hmmm?

—¿Has pensado acerca de nosotros?

—Sí —admitió Kendra—. Pero no me pidas una decisión por teléfono, George. Necesito tiempo. Debes saber que has trastornado toda mi vida al pedirme que me vaya contigo.

—Lo sé. Pero tú también trastornaste mi vida cuando entraste en el casino aquella noche. ¿Sigues enfadada conmigo por lo que te hice? ¿Por eso no me das una respuesta?

—¿Qué harías si te dijera que sí? —dijo con malicia—. ¿Ponerte de rodillas y rogarme que te perdonara?

—Bueno, supongo que ésa es una opción.

—¿Tienes otra? —preguntó.

—Sí, pero es para casos de emergencia solamente —dijo George.

—Supongo que debe ser igual.

—Sí. Pero no te preocupes por mí. Tú sabes que no dejo evidencias.

—¿Cómo hiciste para entrar en mi apartamento y conseguir el teléfono de Donna?

—Lo siento, pero no suelo divulgar mis secretos profesionales.

—Anoche divulgaste uno al darme una lección de defensa personal —le recordó Kendra.

—Debí estar loco. Tendré problemas si decides usar esa llave conmigo.

—¿Vas a decirme que me has enseñado algo contra lo cual no tienes ninguna defensa?

—Nunca lo sabrás a menos que decidas usarlo —respondió George.

—George —dijo Kendra con decisión—, esto es una locura. Lo sabes, ¿no es verdad? ¡No se puede dejar todo atrás para ir a vivir a una isla!

—La mayoría de la gente no puede —aceptó él—. Probablemente porque no tienen la valentía de hacerlo. Te veré dentro de un par de días, cariño. Buenas noches, y no abras la puerta a extraños.

—Buenas noches, George.

Kendra colgó y suspiró. La habitación parecía mucho más fría sin el sonido de su voz.

Mientras se desnudaba para ir a la cama, se preguntó por qué no podía sentirse ofendida. George había destruido algo muy importante de ella al mostrarle lo débil que era.

Pero comenzaba a pensar que no era el hecho de que hubiese respondido a su ataque lo que la molestaba.

El malestar que había sentido Kendra durante todo el viaje de vuelta a casa se debía a que él le había mostrado lo vulnerable que era ella. Una vez recuperada, podía aceptar el hecho de que había gente más peligrosa. Lo más desalentador era descubrir que se sentía atraída por un hombre que vivía en un mundo completamente diferente al suyo.

Kendra decidió que no debía engañarse. George había llegado a ser lo que era de un modo muy diferente al de ella. No deseaba pensar en él como un hombre que vivía según sus propias leyes. Le aterrorizaba todo lo que eso implicaba. Se preguntó en qué se convertiría si se entregaba a semejante hombre. Se estremeció al recordar la broma que le había gastado Donna al decirle que era la mujer de un rufián.

Apretó los dientes y trató de no pensar en ello. Deseaba mantenerse al margen de lo que George podía ser o había sido en el pasado.

Pasó mucho tiempo antes de que se durmiera.

Seguía confundida cuando llegó a la oficina al día siguiente. Por consideración a sus compañeros, se esforzó por ocultar sus preocupaciones. Necesitó mucha fuerza de voluntad para lograrlo.

A las cuatro, Norris volvió de una cita con un cliente.

—Creo que me voy a ir pronto —anunció—. Estoy muy cansado.

—¿Estás enfermo? —preguntó Kendra alzando la vista.

—Tal vez —dijo Norris—. Me tomaré un par de aspirinas y me acostaré. Con un poco de suerte eso será suficiente. ¿Todo bien por aquí? Creo que estamos haciendo lo correcto, ¿no te parece?

—Sí —dijo Kendra observando las carpetas que había sobre el escritorio—. Terminaré de revisarlas para que Tina las archive. Creo que los Richardson estarán complacidos con la selección que hemos hecho para ellos.

—Bien. Te veré por la mañana. ¡Eso espero!

Kendra observó partir a su socio y continuó trabajando. Una hora después Tina entró en el despacho para despedirse.

—Me ocuparé de eso mañana por la mañana. ¿Puedo irme pronto el viernes?

Kendra sonrió.

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—Voy a ir a Tahoe a esquiar.

La sonrisa de Kendra se desvaneció.

—Creo que podrás irte temprano mañana.

—Muchas gracias, Kendra. Te veré por la mañana.

Kendra suspiró. Era hora de que se preparara para marcharse.

Estaba ordenando las carpetas cuando oyó que se abría la puerta.

—¿Has olvidado algo, Tina?

Contuvo el aliento al ver al hombre que estaba junto a la puerta.

—Hola, Kendra —murmuró Austin Radburn cerrando la puerta con firmeza—. Ha pasado mucho tiempo.

Kendra luchó por controlarse. Se sentía furiosa, odiaba a Radburn. El odio estaba desplazando al miedo que había sentido en un principio. No esperaba otro encuentro con Austin Radburn.

—¿Qué deseas, Austin?

Él sonrió lentamente. Kendra recordaba demasiado bien esa sonrisa. Las sonrisas de Austin habían sido importantes para ella alguna vez. Más tarde descubrió lo que ocultaba ese rostro atractivo.

Austin Radburn tenía una empresa floreciente y un físico muy agradable. Pero podía ser muy cruel.

Donna había aprendido que ese hombre no era capaz de amar; que podía casarse con una mujer por dinero y luego conducirla casi hasta

el suicidio con su crueldad.

Kendra había aprendido que Austin Radburn era también un hombre muy violento.

—¿Qué deseo? —murmuró mientras iba hacia ella con una sonrisa maligna—. Adivínalo.

—Donna no está aquí. Tú ya lo sabes. Está a salvo en Lake Tahoe.

Kendra alzó la cabeza con expresión desafiante. Estaba asustada, pero aún no la dominaba el pánico.

—Gracias a ti, según creo. Me han informado que hace poco tú también has estado en Tahoe. Ahora mi querida esposa me ha llamado por teléfono desde allí. Qué coincidencia ¿verdad?

Kendra se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras, Austin. Ella está fuera de tu alcance. Y creo que tú lo sabes o no estarías aquí.

—Podía haber localizado a ella y a ese chiquillo de no haber sido por ti, mi pequeña y dulce Kendra. Con un poco de tiempo hubiera podido hacerla entrar en razón…

—La hubieras aterrorizado para que volviera, querrás decir.

—Siempre fue una mujer débil e indefensa. Podía haber conseguido que hiciera lo que yo deseaba…

—Hasta que fuiste demasiado lejos y comprendió qué estabas haciendo con ella —replicó Kendra.

Tenía que salir de allí. Todas las oficinas ya estaban vacías y no tendría tiempo para usar el teléfono. Austin Radburn estaba furioso. Al igual que aquella noche hacía dos años cuando fue a su apartamento.

—Ella nunca hubiera tenido el coraje de escapar si tú no la hubieses ayudado. Lo comprendí cuando quedó claro que su madre estaba de mi parte. Comencé a pensar a dónde podía ir, quién podría ayudarla. Y entonces me acordé de su encantadora prima.

—Entonces enviaste a Gilbert Phelps detrás de mí.

—Él te encontró en el momento en que cogías el avión a Tahoe. Te siguió hasta un casino y me llamó para informarme mientras tú estabas dentro. Después de eso nunca volví a saber de él. ¿No es extraño que un hombre haya desaparecido de ese modo?

—¡Es una peña que no te haya ocurrido a ti!

Su mirada expresaba la misma furia que ella misma había visto hacía dos años.

—Parece —dijo fríamente— que Donna se ha retirado por un tiempo. Sin embargo, tarde o temprano tendrá que dejar su protección.

Kendra estaba sorprendida. No sabía a qué se refería él.

—Sé lo que ha hecho —afirmó—. Donna me ha dicho que ha contratado un guardaespaldas llamado Wolf. Es impresionante ¿no crees?

Kendra no podía creerlo y se preguntó por qué su prima no habría nombrado a George.

—Así que parece que me va a negar un dinero que necesito. Pero creo que al menos debería obtener algo de todo eso. Tú y yo tenemos un negocio pendiente, Kendra. ¿O lo habías olvidado?

—Sal de aquí, Austin. No tengo nada que decirte.

—No estoy interesado en mantener una larga conversación. Ya tuve suficientes palabras de ti la última vez, según recuerdo.

Kendra supo cuáles eran sus intenciones al ver su mirada. Austin Radburn estaba furioso y ella volvía a ser la víctima buscada.

Estaba asustada, pero podía controlarse. No se rendiría. Llevaba dos años entrenándose y si eso fallaba, podía usar la llave que George le había enseñado.

—No me toques, Austin. ¡Te lo advierto!

—¿Advertirme? —se burló con crueldad—. Creo que dijiste algo parecido la última vez y no te ayudó mucho. Esta vez serás más inteligente y tratarás de ser agradable. Pensaba que podríamos ir a tu apartamento y ponernos cómodos…

—Eres un bastardo —exclamó—. ¿Realmente crees que voy a asustarme y hacer lo que tú dices?

—¡Todo es culpa tuya! —gritó—. ¡Todo culpa tuya! Necesitaba ese dinero y tú hiciste todo lo posible para que no lo consiguiera. Vas a pagar por haber ayudado a Donna. Y vas a pagar por no haber querido ser mi amante hace dos años del mismo modo en que te lo hice pagar aquella vez. Comenzaremos aquí, esta noche. Me regocijaré al oír tus súplicas y cuando haya oído todo lo que deseo oír, te tomaré una y otra vez hasta que hagas todo lo que te diga. ¡Todo! Voy a destruirte Kendra. Aunque sea lo último que haga.

Kendra no dijo nada. Él estaba perdiendo la razón y ella tenía que estar preparada para el ataque. Éste empezó enseguida.

Él le dio un puñetazo para tumbarla sobre la alfombra.

—¡Eres una ramera! —gritó.

Capítulo 10

Todo fue asombrosamente sencillo. Kendra estaba temblando, pero reaccionó instintivamente. Sin siquiera pensarlo, utilizó el ataque de Radburn contra él mismo.

Puso el pie en la posición correcta y le cogió de una manga tirando con fuerza. Con la rodilla levemente doblada le empujó hasta hacerle perder el equilibrio.

Austin Radburn cayó al suelo.

Kendra no vaciló. Mientras Radburn se quejaba y maldecía con violencia, ella corrió hacia la puerta. Al mirar hacia atrás se dio cuenta de que su asaltante trataba de levantarse.

Kendra no vio al hombre que estaba en el pasillo hasta que se chocó con él.

—¡George! ¡Oh, George! Es Radburn. Ha venido a… a…

Se detuvo porque la expresión de su rostro le indicaba que comprendía todo.

—Fue él el que te violó hace dos años ¿verdad? —dijo con voz suave e implacable.

Kendra se estremeció. Él la abrazó con fuerza.

—Sí —susurró incapaz de decir nada más.

—Coge un taxi y vete a casa, Kendra. Yo me ocuparé de todo.

—No sé quién diablos es usted —dijo Austin cuando llegó junto a ellos—, pero esto es entre esa ramera y yo. ¡Váyase y déjenos solos!

Kendra no dijo nada, miró a George, que no dejaba de observar a Austin Radburn.

—George, yo no…

—Vete a casa, Kendra.

La soltó y se dirigió hacia Austin.

—Escúcheme. Esto no le concierne…

—No me concierne más de lo que suele concernirme un montón de basura —dijo George con suavidad—. Sin embargo es una tarea necesaria…

—¿Quién es usted? —preguntó Austin.

—Se lo he dicho —murmuró George—, el hombre que saca la basura. Kendra y yo trabajamos juntos: ella la aplasta y yo la hago desaparecer.

—¿Me está amenazando?

—No.

Radburn se puso pálido y se volvió para mirar a Kendra, que estaba junto a la puerta.

—Dile que me deje tranquilo, Kendra. Si permites que me ponga una mano encima, haré lo posible para que sea encarcelado.

Kendra le observó; en parte amenazaba y en parte suplicaba. Entonces dirigió su mirada hacia George.

—George, por favor no… —dijo con voz temblorosa.

—¿Por favor no qué, Kendra? —preguntó George sin mirarla.

Kendra vio la expresión de alivio de Austin. Entonces recordó lo que había tenido que pasar hacía dos años. Y pensó en lo que Donna había vivido desde entonces.

—Por favor no dejes ninguna evidencia, George —concluyó con satisfacción.

—No te preocupes, cariño —dijo George observando a Radburn—. Tú me conoces. Soy un profesional. No habrá alboroto ni rastros. Te veré en tu apartamento.

—Sí.

Kendra cogió su bolso y se marchó.

Salió a la calle con una sensación de placer. No le importaba lo que ocurriera a Austin Radburn. Pero le aterrorizaba la posibilidad de que George se metiera en problemas.

Mientras iba en el taxi pensaba que ellos no tenían derecho a tomarse la justicia por su mano.

¿Qué ocurriría si la policía le descubría? ¿Y si George era arrestado por lo que le hiciera a Radburn?

Kendra volvió a la realidad. En la oficina no le había importado si

Austin Radburn dejaba de existir.

«Debí haber dicho a George que no hiciera ninguna locura», se dijo mientras el taxi paraba frente a su casa.

Mucha gente sabía que Radburn estaba casado con Donna. Si él desaparecía, no pasaría mucho tiempo antes de que las autoridades comenzaran a hacer preguntas. Y éstas los llevarían a George, sin importar a quién conociera o a quién pudiese comprar. Y si él terminaba en prisión, ella sería la culpable.

Cuando abrió la puerta de su casa, estaba temblando. Tiró su bolso al suelo y comenzó a pasear por el salón mientras imaginaba distintas escenas en las cuales George siempre terminaba arrestado.

Se detuvo para hacerse una taza de té. Trató de pensar mientras se tomaba el té. George no era tonto. Se protegería de algún modo. Además había dicho que era un profesional.

Pero incluso los profesionales cometen errores si están nerviosos. ¿Qué haría un hombre como George a otro que trataba de violarla?

Entonces recordó algo más. Él sabía que había sido Austin quien la había violado hacía dos años.

Decidió que debían salir de la ciudad, tal vez del país. George podía borrar todas las pistas, pero finalmente la ley descubriría lo que le había ocurrido a Austin Radburn.

Kendra dejó la taza en la mesa. Se dirigió al dormitorio y sacó su maleta del armario.

Estaba guardando su ropa interior cuando oyó el timbre del portero automático.

Corrió hasta la cocina y apretó el botón para que la puerta se abriera. Entonces fue a la puerta y le observó subir las escaleras.

Parecía tranquilo, confiado, un poco serio, pero nada nervioso.

—¿Estás bien? —preguntó Kendra.

Él subió el último escalón y la miró.

—Yo estoy bien. Soy yo quien debe hacerte esa pregunta.

La abrazó con dulzura.

Kendra suspiró y por un momento permanecieron abrazados en silencio. George fue el primero en hablar.

—¡Kendra! ¿Por qué no me dijiste que había sido Radburn el que te violó?

—Nunca se lo conté a nadie. Eres el único que sabe que fui violada —dijo en voz baja—. ¿Cómo descubriste que había sido él?

—Llegué a la conclusión esta tarde —dijo George mientras iban al salón—. Estaba hablando con Donna respecto a ti esta mañana. O mejor dicho ella me estaba hablando de ti —se corrigió—. Dijo que estaba muy contenta por lo nuestro ya que desde hacía dos años no mostrabas interés por ningún hombre. Desde que Radburn te abandonó para casarse con ella.

—Siempre se sintió culpable de eso.

—Cuando supe que se había casado hace dos años y que tú no habías vuelto a salir con ningún hombre, tuve un terrible presentimiento. Recordé con cuánta seguridad me habías respondido que no le amabas. Tu voz me indicaba que no sólo habías dejado de amarle, sino que le odiabas. En ese momento pensé que era por lo que le había hecho a Donna.

—Hacía un mes que se había casado con ella cuando una noche apareció en mi apartamento. Había bebido. Dijo cosas terribles respecto a Donna, que sólo se había casado con ella por su dinero. También dijo que no había ninguna razón para que no fuésemos amantes.

Kendra comenzó a temblar y George la abrazo con más fuerza, pero permaneció en silencio para que ella continuase.

—Le dije que me dejara en paz. Entonces él… se abalanzó sobre mí. No tuve tiempo de comprender lo que estaba pasando. Me pegó y me tiró al suelo. No podía hacer nada para detenerle. Mis mordiscos y mis arañazos no le hacían daño.

Kendra se detuvo, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas.

—Cuanto más me resistía, más se enfurecía. Durante el forcejeo un jarrón de cristal se cayó al suelo y se rompió. Él cogió un cristal y me lo puso en la garganta para que no pudiera negarme a sus requerimientos. Entonces me violó.

—Kendra, Kendra —la calmó George mientras le acariciaba la espalda—. Ya está bien, cariño. No tendrás que volver a preocuparte por él, te lo prometo.

Kendra tragó saliva.

—Cuando terminó me dejó allí, se alisó la ropa, subió a su coche y se alejó. Si hubieras aparecido en ese momento ofreciendo matarle, hubiera aceptado sin dudarlo un instante. Hasta te hubiera comprado el arma.

—No hubiera usado un arma. Lo hubiera hecho con mis propias manos. ¿Fuiste a denunciarle a la policía?

—Deseaba hacerlo, pero pensé que sería inútil. Los Radburn son muy importantes. Yo no era nadie. Y había estado saliendo con él durante dos o tres meses. ¿Quién hubiera creído en una historia de violación después de eso? Sólo habrían dicho que lo hacía para vengarme por su boda con Donna. Y debía pensar también en Donna. En ese momento estaba enamorada de él. Cuando intenté hablarle de Austin, no quiso creer en lo que le dije de la herencia.

—Entonces lo mantuviste en secreto y comenzaste a aprender defensa personal para no volver a estar jamás a merced de un hombre.

—Sí.

—Y luego aparecí yo y destruí esa confianza que habías conseguido. Me imagino lo que debes haber sentido esta tarde al verle. Siento tanto haber hecho que volvieras a tener miedo…

—Estaba asustada, pero pude reaccionar. Me acordé de lo que me habías dicho respecto al pánico. Y recordé esa llave que me enseñaste la otra noche. Pensé que si ocurría lo peor, la utilizaría como contraataque. Cuando se acercó a mí todo fue perfecto. Pero no pensaba quedarme allí y regocijarme con el éxito. Iba a llamar a la policía.

George sonrió.

—Hablando de la policía, no creo que sea necesario…

—¡La policía! ¡Vamos!

Se puso de pie y le empujó hacia el dormitorio.

—¿En movimiento hacia dónde? ¿Qué ocurre, cariño? ¿A dónde vas?

La observó con curiosidad mientras ella corría por la habitación terminando de meter sus cosas en la maleta.

—¿Querrás decir a dónde vamos?

—No sé qué es lo que pasa, pero estoy un poco cansado. He venido un día antes para que pudiéramos…

—Luego tendremos mucho tiempo para descansar —dijo Kendra mientras cerraba la maleta.

—¿Dónde? —preguntó George apoyado en el marco de la puerta.

—En tu isla.

—¡Mi isla! ¿De qué estás hablando?

—Nos vamos a tu nuevo hotel lo antes posible —anunció Kendra

con decisión.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no olvidaba nada importante. Apoyó la maleta en el suelo y cogió su joyero.

—¿Quieres que hagamos eso? —preguntó George en voz baja.

—Sí. Debes salir de la ciudad, del país. Tú no conoces a los Radburn, George. Tienen dinero y poder. ¡Te encontrarán, no importa lo que hagas!

—¿Y tu solución es correr?

—¿Tienes una mejor? —le desafió acercándose a él con la maleta y el joyero—. No quiero que vayas a la cárcel, George.

—No temas, podré arreglármelas.

—Ya sé que crees eso. Es precisamente lo que me preocupa. Una vez me acusaste de ser demasiado confiada y ahora tú tienes el mismo problema. No sabes en lo que te has metido al deshacerte de Austin Radburn. ¡Vamos!

Pasó junto a él dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Así de sencillo? —preguntó mientras caminaba lentamente detrás de ella.

—¡Por supuesto! Cuanto antes nos alejemos, mejor.

—Kendra, ¿y tu abrigo de visón? —preguntó acercándose a ella.

Kendra se mordió el labio y miró al armario del pasillo.

—No lo necesitaré en una isla. Déjalo.

George frunció el ceño, pero no dijo nada. En lugar de ello se dirigió al armario y cogió el abrigo. Entonces bajó las escaleras en silencio detrás de ella.

Cuando George llegó a la acera, Kendra le estaba esperando dentro del coche. Sonrió al ver que él llevaba el abrigo, pero no dijo nada.

—Podemos salir del aeropuerto de San Francisco —comenzó mientras él se acomodaba en el vehículo—. Desde allí debe haber algún vuelo a Hawái. Allí veremos cómo continuar. Tengo pasaporte…

—Ahora eres tú la que parece una profesional —murmuró George con admiración mientras ponía el coche en marcha—. Pero creo que tenemos tiempo. Primero volveremos a Lake Tahoe. Hay un par de cosas que debo arreglar antes de dejar el país.

—¿No puede ocuparse Wolf de ello?

—Es probable que sí, pero como no creo que haya que darse tanta prisa lo haré personalmente. Además hay otra cosa que debemos hacer sin pérdida de tiempo.

—¿Qué cosa?

—Casarnos.

—¡Casarnos! —Se volvió hacia él aturdida—. Nunca hablamos de eso.

—¿A qué pensabas que me refería al pedirte que te fueras conmigo?

—Sólo eso. Dijiste que me deseabas. No que querías casarte conmigo.

—Te deseo. Y quiero que te cases conmigo. ¿Te quieres casar conmigo, Kendra?

—Sí. Me quiero casar contigo.

—Gracias, Kendra. Haré todo lo posible para hacerte feliz.

Kendra vaciló y entonces dijo con mucho cuidado.

—Hay algo que puedes hacer por mí, George…

Él no dijo nada. Sólo esperó.

—Quiero tu palabra de honor de que a pesar de lo ocurrido en el pasado, de ahora en adelante viviremos de acuerdo con la ley.

Él guardó silencio y luego dijo con firmeza, sin ninguna reflexión:

—Te doy mi palabra.

—Gracias, George.

Kendra apoyó la espalda en el asiento de piel. Se sentía aliviada.

Capítulo 11

—¡No le mataste! —George ni siquiera se molestó en abrir los ojos para responder a la acusación. Sólo se movió ligeramente sobre la toalla de playa mientras su esposa paseaba frente a él, dando patadas a la arena. Tenía un telegrama en la mano.

—No le maté —dijo con calma.

Esbozó una pequeña sonrisa que a Kendra no le pasó inadvertida.

Se detuvo con las manos en las caderas.

—¡Eres un bribón!

—Te casaste conmigo pensando que era algo mucho peor que eso. Pensabas que era un asesino —le reprochó, aún con los ojos cerrados.

—¡Y tú me permitiste creerlo! ¡Dios mío! Recuerdo la forma en que me hiciste correr en Lake Tahoe para casarnos, para concretar los detalles para viajar aquí, para vender el casino a Wolf y Donna…

—Hacen una buena pareja, ¿verdad? ¿Quién hubiera pensado que los dos se llevarían tan bien? Después de todos estos años, Wolf decide formar una familia. Me confesó que pretende casarse con ella.

—¡No tienes que felicitarte tanto! Donna puede cambiar de idea antes de la boda.

—Jason no se lo permitirá. Quiere mucho a Wolf.

—De todos modos, Wolf está manejando a Donna y ella puede…

—A ella le encanta. Finalmente ha encontrado un hombre que puede brindarle la seguridad que ella necesita.

—Eso sí.

—Por otro lado, parece que yo me he casado con una arpía. ¿Por qué armas este alboroto? La vida será más simple con ese bastardo

vivo. Así no nos dará miedo volver a visitar a Donna y a Wolf. Nadie vendrá a interrogarnos y no tendrás que preguntarte hasta qué punto soy capaz de defenderme. ¿Qué más dice Donna en ese telegrama?

—Dice que los abogados de Austin investigan la quiebra de su empresa naviera, y que él se está recuperando de un accidente.

—¿Lo ves? —dijo George—. No permití que se fuera tan tranquilo. Pero si quieres saber la verdad, lo que tú le hiciste fue mucho peor.

—¡Lo que yo le hice! —exclamó sorprendida—. ¡Sólo le derribé!

—¿Tienes idea de lo que significa para un hombre como él que su supuesta víctima le derribe al primer intento? Nunca podrá recuperarse de ese golpe mortal. Ésa fue una de las razones por la cual le permití vivir. Entre lo que le hicimos físicamente y lo que ocurrió con sus finanzas, Radburn es un hombre destruido. —Pero su familia…— comenzó ya con preocupación. —La empresa naviera era todo lo que quedaba. Sin ella, su poder ha desaparecido. ¿Por qué creías que quería a toda costa el dinero de Donna?

Hubo una larga pausa mientras Kendra reflexionaba sobre ello. Observó a George que aún no había abierto los ojos.

—Entonces —dijo con cuidado—, ¿por qué salimos tan deprisa del país? ¿Por qué no me dijiste lo que pasaba cuando te hice dejar San Francisco tan corriendo?

—No pude resistirlo —admitió George abriendo los ojos—. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Supuse que si sabías la verdad y tenías tiempo para pensar, hubiera necesitado semanas para convencerte de que te casaras conmigo. ¿Y quién sabe cuánto tiempo hubieras tardado en aceptar dejarlo todo y venirte conmigo aquí? Así que cuando tú comenzaste a correr, pensé que era mucho mejor seguirte la corriente.

—No hubieras necesitado demasiado tiempo para convencerme.

—¿Por qué no?

Se puso de pie antes de que ella pudiera responder. Le cogió el rostro entre las manos y permanecieron muy juntos.

—¿Por qué no hubiera necesitado demasiado tiempo para convencerte de que vinieras conmigo?

—¿Tienes que preguntarlo? —susurró Kendra besando sus manos suavemente—. Te quiero, George. Hubiera ido a cualquier parte contigo.

—¡Kendra! —exclamó él mientras la abrazaba con fuerza—. Oh, mi

querida Kendra. He soñado tanto con que pudieras sentir lo que yo siento, que pudieras amarme como yo te amo a ti.

Kendra le rodeó el cuello con los brazos y apoyó el rostro en su hombro. Suspiró aliviada.

—¿Me quieres, George? ¿De verdad me quieres?

—Más de lo que imaginas. Creo que te quise desde el momento que te vi en mi casino. Desde el comienzo hubo algo entre nosotros. ¿Tú lo sentiste, mi amor?

—Sí. Tuve la extraña sensación de que te había reconocido. Me dije que era imposible, que nunca nos habíamos visto…

—Somos las dos mitades de un todo. No traté de poner nombre a lo que estaba sintiendo, sólo sabía que debía encontrar alguna forma de mantenerte a mi lado. Quería saber algo más de esa pequeña criatura que había entrado en mi casino, intimidado a Wolf y me observaba con arrogancia. Quería gustarte a pesar de lo que pensabas de mí. Cuando te seguí hasta el hotel y te encontré con Phelps, ya había tomado una decisión…

—¿Cuál? —Kendra echó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Descubrir todo respecto a ti. Dónde vivías, trabajabas, si había algún hombre en tu vida.

—¿Y si lo hubiera habido?

—Entonces te hubiera apartado de él. No podía permitir que te fueras de mi vida. Pensé que lo había logrado cuando comenzaste a seducirme al volver al casino. Cuando me hiciste esa llave de judo me sentí furioso porque no quería creer que habías estado engañándome. Deseaba pensar que te atraía como tú a mí.

—Así era. Pero sinceramente no pensaba acostarme contigo en ese momento. El sexo no me interesaba en absoluto.

—Luego lo comprendí. También supe que no debía haber seguido adelante. Debería haberte dado tiempo. Habías atravesado por una horrible experiencia hacía dos años, y comenzabas a recuperarte por tus propios medios. ¿Qué derecho tenía yo a forzar el proceso?

—Tú no me forzaste. Yo sabía que podía detenerte si lo deseaba. Pero tú eras algo nuevo en mi mundo. Distinto a todos los hombres que había conocido. Me sentía atraída por ti y a la vez aturdida.

—El proceso fue mutuo. Cuando te tuve en mi cama, supe que te querría allí permanentemente. Me sentí furioso y herido al despertar y

descubrir que te habías ido. Nada en el mundo hubiera podido impedir que te siguiera. Y tú me dejaste una buena pista.

—Fue sin querer —murmuró Kendra—. Creo que soy un desastre para esa clase de cosas.

—Estabas convencida de que a mí se me daban bien —sonrió.

—¡No te molestaste mucho en convencerme de lo contrario!

—No, supongo que no. Pero no creo que me hubieras creído.

—Y tal vez en el fondo te gustara la idea de hacer que me enamorara de ti a pesar de mi opinión respecto a tu… profesión.

—Bueno, habías sido muy arrogante esa primera noche en Lake Tahoe.

—¡Una arrogancia que tú anulaste de forma muy efectiva! —le acusó.

—Lo siento. Pero temí que te metieras en verdaderos problemas si desafiabas a un hombre que pudiera dejarte indefensa.

—Ya me he topado con ese hombre.

—Decidí que era mejor que fuese yo —admitió—. ¡Además estaba furioso!

—Lo sé.

—En cierto modo, me alegro de que Radburn haya vuelto a aparecer. Te dio la oportunidad de descubrir que aún puedes cuidar de ti misma. No hubieras sido víctima suya la segunda vez. La verdad es que no creo que nunca lo hayas sido. No tienes mentalidad de víctima. Tienes demasiado coraje. Eres una luchadora, Kendra.

Ella sonrió. Entonces tuvo una idea.

—Ya que no te buscan por asesinato, podemos volver y traer algunas cosas de mi apartamento.

—Le dije a Wolf que nos esperara dentro de un par de semanas. Ya debe haber llamado a tu socio para informarle que estás de luna de miel.

—Norris y Tina creerán que me he vuelto loca. Se convencerán de ello cuando le ofrezca a Norris que se quede con mi parte de la agencia.

George la abrazó con más fuerza.

—¿Eso es lo que piensas hacer?

—Estoy segura de que me encantará dirigir un hotel —murmuró Kendra—. Tenías razón, cariño, juntos podremos hacer lo que queramos.

—¿Y esto es lo que quieres? —preguntó señalando la playa vacía y el hotel a sus espaldas.

—Sí. ¿Cómo descubriste este lugar?

—Durante el período de mi vida en que tú suponías que yo era un delincuente o algo así. Estaba trabajando en un buque en esta zona. El dueño de ese navío fue el hombre del cual te hablé, el hombre que se convirtió en un padre para mí. También poseía ese casino en Tahoe. No le veíamos muy a menudo. Pero de vez en cuando venía a pasar una temporada con nosotros en el mar…

—¿Cuando las cosas se volvían algo difíciles por allí?

—Estás decidida a asociarme con criminales, ¿no es así? —sonrió.

—No veo que lo niegues —replicó Kendra—. ¿Era un criminal, George?

—Lo que hizo con su vida no nos afecta a ti ni a mí, cariño —dijo George con suavidad—. Ya se ha ido. Y fue bueno conmigo. El casino siempre estuvo dentro de la ley.

Kendra suspiró.

—Muy bien. No haré más preguntas sobre eso. Pero algún día quiero que me enseñes a entrar en un apartamento sin dejar ningún rastro.

—Algún día lo haré —le prometió.

—Y también quiero saber cómo hacer desaparecer a personas como Gilbert Phelps.

—Por lo que yo sé, Phelps está vivo. Pero Wolf sabe asustar muy bien a la gente cuando lo desea.

—No sé por qué pienso que tú también. Después de pegar a Radburn, ¿qué le dijiste para que no fuera a la policía?

Hubo un momento de silencio.

—¿George?

—Entre todas las cosas que me dejó mi amigo están algunos de sus contactos. Tenía amigos muy poderosos. Sus nombres pueden hacer que un hombre como Radburn lo piense dos veces antes de actuar.

—Le asustaste un poco.

—Le expliqué con quién tendría que vérselas si decidía presionar demasiado. Supuse que si tú me creías capaz de ciertas actividades ilegales, podía hacer que Radburn lo creyese también. Y entonces puse el remache final.

—Continúa. No me dejes así.

—Le dije que no seguiría en este mundo si volvía a acercarse a ti o a Donna. Ya hemos hablado bastante de eso. Cambiemos de tema.

—Te quiero mucho, George.

Él le acarició la espalda y Kendra sonrió.

—Para alguien que hasta hace poco no disfrutaba con este tipo de cosas, te has adaptado muy bien a tus deberes de esposa.

—Comencé a adaptarme antes de convertirme en tu esposa, según recuerdo. Tú puedes ser muy persuasivo.

—En este momento quisiera persuadirte para que me acompañaras a dar un paseo por la playa. Al otro lado de esas rocas hay una laguna que nos está esperando.

—¿Los huéspedes del hotel no la conocen?

—No.

Metió la toalla en el bolso de playa y la cogió de la mano. La llevó hasta un lugar de exuberante vegetación.

—Es precioso —exclamó Kendra.

—Y es todo nuestro. Será para uso exclusivo de los dueños del hotel.

Extendió la toalla en el suelo y dejó el bolso de playa a su lado. Cuando se puso de pie, la abrazó.

—Mi amor, mi vida. Nunca dejes de amarme, por favor. No podría soportarlo…

—Nunca —juró en un susurro—. Nunca en esta vida. Creo que entré en el casino buscándote…

—Y yo te estaba esperando.

La besó con suavidad y Kendra sintió que le estaba desabrochando la parte de arriba del bikini. Un momento después, la prenda cayó al suelo y él deslizó las manos hasta sus senos. Kendra gimió al sentir sus caricias.

—Eres maravillosa.

—Oh, George…

Kendra le acarició la espalda lentamente.

—Te deseo tanto —gimió—. ¿Cómo logras hacerme esto?

—Como tú logras hacérmelo a mí.

La cogió en brazos con dulzura y la dejó sobre la toalla, sentándose a su lado para besarla.

La quitó la parte de abajo del bikini y Kendra gimió agarrándose convulsivamente a su pelo.

Pronunció su nombre una y otra vez mientras le acariciaba de forma excitante.

George se estremeció y se apartó de ella un momento.

Kendra le oyó abrir el bolso de playa y sonrió.

—Sabes cuidarme muy bien —susurró volviéndose para mirarle.

—Hay algunos riesgos que ni siquiera un profesional debe correr —dijo George mientras buscaba dentro del bolso.

Kendra contuvo el aliento un momento y luego dijo:

—A menos que ambas partes estén de acuerdo.

Él giró la cabeza y la observó.

—¿Kendra? —preguntó con voz ronca.

—Aún no sabemos si no habrá resultados de aquella primera noche en Lake Tahoe —le recordó.

Se sentía cada vez más segura.

—¿Y si los hay?

—¿Te importaría criar a un niño aquí, en el paraíso? —susurró.

—¡Importarme! Kendra, si pensara que deseas tener un niño conmigo…

—Creo que podríamos hacer el niño más maravilloso del mundo —dijo con suavidad—. Un niño de pelo negro, tal vez…

—Con los ojos castaños y el coraje de su madre. Kendra, mi amor, me gustaría mucho tener un niño contigo y criarle aquí, en el paraíso.

—Entonces no abras el bolso de playa y ven aquí.

—¿Estás segura?

—Sí.

George se inclinó sobre ella para besarla y acariciarla. Kendra se estremeció al sentir el peso de su cuerpo. Le abrazó y se entregaron el uno al otro. Kendra dijo su nombre una y otra vez mientras las llamas del deseo los consumían.

Juntos llegaron al vínculo perfecto, la esencia de lo que había unido sus vidas desde el momento en que se vieron por primera vez.

—¡Kendra! ¡Mi amor! ¡Mi mujer!

Al rato Kendra abrió los ojos y observó con satisfacción lo que la rodeaba.

George se movió lentamente y se acercó más a ella.

—¿Serás feliz aquí? —volvió a preguntar.

—Seré feliz en cualquier parte contigo, George —dijo Kendra somnolienta.

—Nunca me separaré de ti. Si alguna vez deseas volver a San Francisco, te llevaré. Quiero que seas feliz. Es lo más importante del mundo para mí.

—Ahora que conoces todos mis secretos, ¿no echarás de menos a tu dama misteriosa?

—No. El misterio era algo que deseaba resolver para poder hacerte mía.

—Supe que estaba perdida cuando comencé a pensar en cómo reformarte —confesó Kendra.

—Los rudos profesionales del crimen necesitamos mucho amor y atención para mantenernos en el camino recto —le informó inclinándose para acariciar sus labios.

—Me ocuparé de que no te falten ninguno de los dos —le prometió rodeándole el cuello con los brazos para volver a besarle.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz es uno de los seudónimos utilizados por la autora estadounidense Jayne Ann Krentz.

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas

consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.